

TEORÍAS PRESENTES, AMORES MEDIEVALES
En torno al estudio del homoerotismo en las culturas del
Medioevo occidental

Rafael M. Mérida Jiménez
Rice University

Para Isabel y Victor

La primera tarea que cabe plantearse ante un tema como el de las representaciones del homoerotismo en las culturas europeas medievales no puede ser otra que la delimitación de sus márgenes y, simultáneamente, el cuestionamiento de su identidad, de acuerdo con las aportaciones de la crítica más reciente. Se trata, sin duda, de una empresa delicada, pues nos encontramos ante dos entidades que, aunque aparentemente semejantes, reflejan dos facetas diversas que han sido emplazadas en ámbitos concéntricos, ya que a la pregunta «¿cómo debemos entender el homoerotismo durante el Medioevo cristiano?» puede responderse, además, desde posiciones antitéticas. De hecho, el acercamiento secular ha sido la negación del deseo homosexual mediante un proceso que aunaba rechazo y condena, de acuerdo con la totalidad de las fuentes secundarias disponibles. La constitución de un buen repertorio de testimonios ha venido sirviendo para ratificar la creencia mayoritaria de que la existencia de un único modelo posible de sexualidad había propiciado inevitablemente unas *excrecencias* contrarias al modelo único y natural, de acuerdo con la tradición exegética imperante de los libros

bíblicos y de la patrística. Puesto que de Naturaleza se trataba, no cabía más que afirmar que ésta era una e indivisible y que el ser humano, conformado a imagen y semejanza de la divinidad –único también, por consiguiente–, sólo podía ser recipiente de la voluntad primigenia para la que Adán y Eva fueron moldeados, de acuerdo con el relato de *Génesis*, genético y sagrado a un tiempo.

Desde esta perspectiva, por tanto, cualquier relación sexual cuyos objetivos primeros y últimos no estuvieran consagrados a un mismo fin (la reproducción de la especie) se emplazaba automáticamente en un territorio contrario a la Doctrina. Ésta ha sido la dimensión en la que se ha situado nuestro objeto de investigación durante siglos, a caballo entre la marginación, la ignorancia y la repulsa más ciegas, como ciega debe ser la fe de los católicos según su pensamiento teológico oficial. Una de las pocas excepciones que, con anterioridad a la década de los setenta, confirmó esta regla fue la monografía de Derrick S. Bailey, pues su publicación en 1955 abrió una finísima brecha que el tiempo se ha encargado de acrecentar, como consecuencia de su voluntad de propiciar un entendimiento del tema, por más que presentado desde la perspectiva de un sacerdote anglicano que no debía comulgar con la ortodoxia vaticana, aunque sí con la legislación vigente en su país y en su época¹. La investigación de Bailey se propuso trazar un recorrido que iluminase el camino de los factores históricos y teológicos que provocaron la formación de las actitudes cristianas sobre las prácticas homosexuales. De esta manera, desde el episodio veterotestamentario de Sodoma y Gomorra, pasando por las diversas reglamentaciones romanas hasta llegar a la configuración del pensamiento medieval, el autor pretendía ofrecer una lectura que intentaba evitar apriorismos. Por este motivo, sus conclusiones –ni que en ocasiones sean muy matizables– construyeron una base que parece de incalculable valor, a pesar de que hayan sido evitadas en muchos estudios coetáneos y posteriores.

Frente a la condena generalizada del cristianismo oficial se han ido levantando varias voces que han empezado a esbozar un discurso teórico, sin duda plural, de análisis de la sexualidad en sus más diversas expresiones. A

¹ Derrick S. Bailey, *Homosexuality and the Western Christian Tradition*, London, Longmans, Green and Co., 1955.

continuación voy a apuntar algunas de aquellas aproximaciones que considero que han definido o alumbrado mejor las representaciones del homoerotismo en las culturas del Medioevo occidental. El estudio de la sexualidad medieval constituye una parcela especialmente enriquecedora en la medida en que participa, de modo directo, en una definición del ser humano que amalgama respuestas teológicas, morales, sociales, políticas, médicas, literarias y artísticas, entre otras. Además, en este caso concreto, debería valorarse hasta qué punto la *presencia* y la *ausencia* en todos estos discursos paralelos —y a un tiempo, sin duda, convergentes— a lo largo de los siglos medievales podrían estar *construyendo* una visibilidad (in)oportuna en un terreno mucho más amplio, que adquiere durante esta época, por vez primera, un estatuto de enorme importancia².

Sin lugar a dudas, la publicación de *Christianity, Social Tolerance, and Homosexuality*, de John Boswell, supuso una profunda renovación del estudio histórico de nuestro tema³. Esta monografía tiene como objetivo presentar los diversos contextos que definieron las percepciones sociales y culturales del homoerotismo, desde la antigüedad clásica hasta fines del Medioevo. A través de un atento recorrido, muy documentado, Boswell presenta los cuatro estadios que, a su juicio, pueden interpretarse a modo de núcleos evolutivos: en el primero, se considera el imperio romano como el momento fundacional de una *conciencia de grupo* (de una comunidad diversa, si preferimos); en segundo lugar, se analizan las tradiciones teológicas cristianas que, sin embargo, permitieron —a la manera de una tercera fase— aquella época que denomina la del «triumfo de Ganimedes», entre los siglos X al XII. Ésta no pudo gozar de continuidad, a su entender, como consecuencia del proceso de intolerancia religiosa que se expandiría a partir del siglo XIII, que constituye el último estadio de su trabajo. La tesis subyacente de la monografía de Boswell se refleja en su nada inocente subtítulo, pues «Gay People in Western Europe from the Beginning of the Christian Era to the Fourteenth

² Cfr. Warren Johansson y William A. Percy, «Homosexuality», en *Handbook of Medieval Sexuality*, ed. V. L. Bullough y J. A. Brundage, New York, Garland, 1996, pp. 155-189.

³ *Christianity, Social Tolerance, and Homosexuality. Gay People in Western Europe from the Beginning of the Christian Era to the Fourteenth Century*, Chicago, University Press, 1980.

Century» alude explícitamente a una esfera que pretende cubrir ese norte que podría delimitarse en tres nociones complementarias: *sexualidad, identidad y comunidad*. Su propuesta ha participado así, directamente, en las discusiones teóricas auspiciadas en el seno de los grupos de liberación de gays y de lesbianas de las últimas dos décadas, pues ha constituido uno de los objetivos últimos de la crítica homosexual durante ese tiempo. Conviene citar la definición ofrecida por Boswell:

«In this study, therefore, 'homosexual' –used only as an adjective– occurs either in its original sense of 'all of one sex' (as in 'a homosexual marriage') or elliptically to mean 'of predominantly homosexual erotic interest' ('a homosexual person'). 'Homosexuality' refers to the general phenomenon of same-sex eroticism and is therefore the broadest of the categories employed; it comprises all sexual phenomena between persons of the same gender, whether the result of conscious preference, subliminal desire, or circumstantial exigency. 'Gay,' in contrast, refers to persons who are conscious of erotic inclination toward their own gender as a distinguishing characteristic or, loosely, to things associated with such people, as 'gay poetry.' 'Gay sexuality' refers only to eroticism associated with a conscious preference. This book is primarily concerned with gay people and their sexuality, but it must necessarily deal at length with other forms of homosexuality, because it is often impossible to make clear distinction in such matters and because many societies have failed to recognize any distinctions at all»⁴.

Una de las valoraciones negativas más esgrimidas en contra de la tesis de Boswell fue su ubicación en una línea interpretativa que entiende la (homo)sexualidad desde una postura que ha sido etiquetada como «esencialista» y que fue reformulada por este mismo investigador a partir de las nociones de «Revolutions, Universals, Categories»⁵. Este *esencialismo* –común a otros historiadores de la sexualidad– podría definirse como la creencia de que el deseo erótico entre personas del mismo sexo biológico trasciende los condicionamientos históricos. A juicio de los estudiosos que la representan, puede advertirse una similar identidad homosexual, con muy

⁴ *Ibid.*, p. 44.

⁵ John Boswell, «Revolutions, Universals, and Sexual Categories», en *Salmagundi*, 58-59 (1982-1983), pp. 89-113, y «Concepts, Experience and Sexuality. Differences», en *Feminist Cultural Studies*, 2 (1990), pp. 67-87.

leves diferencias, desde la época clásica griega hasta nuestro presente, una identidad que debe entenderse, por tanto, como *natural y perdurable*.

Conviene recordar de nuevo que el término «homosexual» tiene una historia reciente, pues su acepción actual no fue acuñada hasta finales del siglo XIX y sólo a lo largo del siglo XX ha ido adquiriendo el uso pleno actual: su origen vinculado al vocabulario médico no dejó de lastrar, hasta mediada la centuria, la significación de que ahora goza, por más que sujeta a cambios. Éste sería el punto de arranque de la segunda corriente de la historiografía homosexual, la denominada *construccionista*, que parte fundamentalmente de una reinterpretación del primero de los tres volúmenes de que se compone la *Histoire de la sexualité* (1976-1984) de Michel Foucault⁶. Según estos teóricos, aquello que llamamos homosexualidad no nace hasta que ciertas circunstancias (políticas, económicas, sociales,...) propiciaron la génesis de una autoconciencia erótica, individual y colectiva, que en absoluto puede asimilarse a las prácticas entre personas del mismo sexo que las fuentes históricas y literarias mostrarían en la Grecia clásica, en los monasterios cristianos y bizantinos del Medioevo, en las ciudades renacentistas italianas o en la Inglaterra isabelina. Por supuesto, no cabe duda de que si bien ambas tendencias persiguen la definición última de una realidad, sus metodologías y conclusiones albergan serias divergencias.

Por supuesto, a nadie sorprenderá la constatación de que, frecuentemente, la heterodoxia engendra ortodoxia, incluso en las arenas más movedizas. Así, por ejemplo, los estudios de género (*gender studies*) representan un cambio de sentido impulsado en parte por un segmento del pensamiento feminista. No obstante, la redefinición de las diferencias sexuales que estos estudios han desarrollado compite íntimamente con la ubicación diseñada por el *ginocentrismo*, sin ir más lejos. Si la nueva conceptualización genérica de los *male and female roles* rompiese el binarismo propio de un cierto feminismo, nos encontraríamos ante una crisis del núcleo teórico de dicha metodología auspiciada desde sectores aparentemente hermanados. Pero lo mismo podría afirmarse de las revisiones efectuadas por el medievalismo feminista de las teorías de la sexualidad más influyentes durante estos últimos

⁶ Michel Foucault, *Histoire de la sexualité, 1. La volonté de savoir*, Paris, Gallimard, 1976.

años, en parte como consecuencia del estrecho margen otorgado a la mujer en el proceso de iluminación de los discursos eclesiásticos, científicos y médicos del Medioevo⁷.

La alusión a este fenómeno merece nuestra atención en la medida en que pueden establecerse claras conexiones con el estado del debate en torno al carácter del homoerotismo medieval⁸. Si bien se trata de un ámbito temporal sobre el que no han caído tantas miradas ni se han acometido tantas investigaciones con la singular intensidad de épocas posteriores —en especial en la cultura anglosajona—, por razones que se entrelazan con la definición construccionista misma de la homosexualidad moderna, conviene destacar que se trata de una calma aparente, que empieza a perder sus cimientos a partir de algunas remodelaciones interpretativas del período renacentista, como demuestran los trabajos de Jonathan Goldberg⁹. Conviene, por este motivo también, regresar a los orígenes de la discusión en torno al carácter y dimensiones de lo que, según la orientación de cada tendencia, puede entenderse como *homosexualidad*, *homosociabilidad* o como *homoerotismo* en las sociedades cristianas medievales, con el objetivo de entender los logros y propuestas más relevantes.

Una de las primeras monografías que invitaba al análisis de las concepciones teológicas durante el Medioevo occidental fue *The Unmentionable Vice*, de Michael Goodich¹⁰. Su objetivo no era otro que emplazar las dinámicas religiosas que justifican la traducción de un proceso, fechado en 1323, contra Arnau de Verniolle (en Pamiers, Francia) por los delitos de herejía y sodomía. A lo largo de sus apartados se traza, en primer lugar, la significación de algunos personajes célebres que fueron acusados por sus contemporáneos de sodomía entre los siglos X al XV, como Baudri de Bourgueil o el rey

⁷ Monica H. Green, «Female Sexuality in the Medieval West», en *Trends in History*, 4 (1990), pp. 127-158.

⁸ Véase Simon Gaunt, «Gay Studies and Feminism: a Medievalist's Perspective», en *Medieval Feminist Newsletter*, 13 (1992), pp. 3-7.

⁹ Jonathan Goldberg, *Sodometries. Renaissance Texts, Modern Sexualities*, Stanford, University Press, 1992, y su edición titulada *Queering the Renaissance*, Durham, Duke University Press, 1994.

¹⁰ Michael Goodich, *The Unmentionable Vice: Homosexuality in the Later Medieval Period*, Santa Barbara, Ross-Erickson, 1979.

Eduardo II de Inglaterra. A continuación, se ofrecen datos sobre los ordenamientos religiosos y civiles en torno a las prácticas sexuales que fueron más perseguidas –y, en especial, sobre la penetración anal– que, partirían de los decretos del papa Gregorio VII en el siglo XI, pero cuyo rigor se acentúa tras los concilios lateranenses de 1179 y 1215, difundidos rápidamente gracias al poder de la orden dominica, como consecuencia de su misión predicadora y evangelizadora. A su entender, por consiguiente, hasta el siglo XIII no se produciría una reforma moral, establecida a través de dos vías complementarias: la representada por la filosofía escolástica y la ejercida por las legislaciones seculares,¹¹. Según sus palabras, a pesar de los testimonios literarios conservados,

«there is no evidence whatsoever of widespread persecution of sexual deviants until the thirteenth century. Before that time the church's attention was still largely devoted to the problems of adultery, consanguinity, and clerical marriage. And reform was often accomplished without any cooperation from the secular authorities. By the thirteenth century, however, the homosexual, whose sinfulness had allegedly been proven by the sulfurous destruction of Sodom and Gomorrah, had become the object of a program of extermination that paralleled the attack on apostates, judaizers, heretics, dabblers in the art of magic, and other politic-religious deviants»¹².

Este volumen recibió no pocos ataques, aunque por razones a veces opuestas: para algunos sacaba a la luz un material de escasa relevancia histórica que acababa siendo sobrevalorado; otros, en cambio, si bien subrayaban el conocimiento mostrado de la jurisprudencia civil, cuestionaron la validez de sus conclusiones en el ámbito de las comunidades rurales de principios del

¹¹ Michael Goodich, «Sodomy in Medieval Secular Law», en *Journal of Homosexuality*, 1 (1976), pp. 295-302; «Sodomy in Ecclesiastical Law and Theory», en *Journal of Homosexuality*, 1 (1976), pp. 427-434; «Sexual Deviation as Heresy in the XII-XIVth centuries», en *Modernité et non-conformisme en France à travers les âges*, ed. M. Yardeni, Leiden, E. J. Brill, 1983, pp. 14-22; «Sexual Nonconformist and the Fires of Lust», en *Other Middle Ages. Witnesses at the Margins of Medieval Society*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1998, pp. 104-149.

¹² Michael Goodich, *The Unmentionable Vice: Homosexuality in the Later Medieval Period*, ob. cit., p. 7.

siglo XIV, así como la simplicidad con que delineaba la dinámica entre poderes oficiales y cultura popular.

Resulta especialmente interesante que una de las críticas más negativas a esta monografía, en muchos sentidos bastante modesta, procediera de una personalidad tan relevante en el estudio de la sexualidad medieval como Vern L. Bullough. Quizás esta valoración proceda del escaso mérito concedido por Goodich a su ensayo titulado *Sexual Variance in Society and History*, cuya importancia radica en el trazado de una historia de los comportamientos sexuales «heterodoxos» desde la antigüedad grecorromana hasta el siglo XX, con incursiones en sociedades no occidentales, y en donde el homoerotismo ocupa un papel más que destacado¹³. Si bien esta investigación no se concentraba en el período medieval, ofrecía una atenta lectura de los códigos regulatorios que se extendieron por toda Europa durante los primeros siglos de vida del cristianismo y a lo largo de la época feudal. Por este motivo, el autor se adentraba con especial agudeza en los escritos religiosos desde un enfoque bien distinto al de sus predecesores, pues se apartaba de la ortodoxia tradicional al negar el carácter «antinatural» de la homosexualidad y evitaba su condena. Por supuesto, la perspectiva empleada resultaba casi revolucionaria, además de muy convincentemente esgrimidas sus conclusiones, motivo por el cual conviene apuntar que los dos densos capítulos de este libro consagrados al Medioevo merecerían mayor atención de la que se le ha venido prestando.

Esta reflexión viene a cuento porque una de las apuestas más atractivas del trabajo de Bullough es justamente la genealogía que traza a propósito de las «desviaciones» en piezas tan poco valoradas como los penitenciales y los cánones conciliares, a partir sobre todo del siglo VIII¹⁴. Esta apreciación se refleja en el modelo instaurado por Agustín de Hipona (*Liber tertius, caput VIII*, de sus *Confesiones*) y en la primera aparición condenatoria de las relaciones sexuales entre mujeres —en general, bastante extraña—, de acuerdo con la expresión que de ella hace el penitencial de Teodoro, arzobispo de

¹³ Vern L. Bullough, *Sexual Variance in Society and History*, New York, John Wiley & Sons, 1976.

¹⁴ Véanse también Vern L. Bullough y James A. Brundage (eds.), *Sexual Practices and the Medieval Church*, New York, Prometheus, 1982 y 1994, así como el ya citado *Handbook of Medieval Sexuality*.

Canterbury, a fines del siglo VII. Recuérdese que los penitenciales constituían las herramientas prácticas de los confesores, pues eran las guías que otorgaban *entidad* a los pecados, de acuerdo con su *gravedad*. Aunque resulta evidente que las reglas derivadas de estos manuales deben ser valoradas con cautela ya que, en primer lugar, una presencia determinada no comporta directamente una práctica extendida o, en segundo lugar, que la ausencia de otras no puede traducirse como una ignorancia –pues, por ejemplo, casi nunca contemplan la masturbación, posteriormente tan omnipresente–, debe afirmarse que estos textos representan una mina de preciosa documentación. La razón es tan simple como determinante, puesto que reforzaron una jerarquía en los pecados de carácter sexual y construyeron un sutil, pero efectivo, ordenamiento que se anticipó a los de las autoridades eclesiásticas¹⁵.

Desde esta perspectiva puede entenderse la relevancia del *Liber Gomorrhianus* (c. 1049), de Pedro Damían, pieza clave en el desarrollo de la condena más vehemente contra los *vicios* de una clerecía caracterizada por su nula escrupulosidad en el mantenimiento del celibato. Al amparo de la reforma auspiciada por el papa León IX, Damían considera que los pecados de orden sexual deberían ser castigados con una pena mucho mayor y, acogiéndose a la tradición precedente de los penitenciales, construye una pieza en donde, a partir del episodio de Sodoma y Gomorra se delimita la condición *irracional* y *contra natura* de las prácticas homosexuales (aunque también de la masturbación, del bestialismo o de la penetración anal entre hombre y mujer). De acuerdo con Pierre J. Payer,

«The *Book of Gomorrah* stands out as a carefully planned and eloquently executed discussion of the subject reflecting both a legalistic concern with correct ecclesiastical censure and a passionate pastoral concern for those caught up in the behaviour. Damian's tract is a unique witness to historical attitudes and ideas about homosexuality. (...) Social scientists, students of religion, and social historians who wish to acquire an insight

¹⁵ Cfr. James A. Brundage, *Law, Sex, and Christian Society in Medieval Europe*, Chicago, University Press, 1987, y «Playing by the Rules: Sexual Behaviour and Legal Norms in Medieval Europe», en *Desire and Discipline. Sex and Sexuality in the Premodern West*, ed. J. Murray y K. Eisenbichler, Toronto, University Press, 1996, pp. 23-41.

into the traditional opposition to homosexuality will find the *Book of Gomorrah* an indispensable work both because it is the only extended, serious treatment of the subject in the formative period of the Christian West, and because it is such a clear expression of a tradition which is only hinted in isolated pieces of legislation or in occasional theological questions»¹⁶.

Pero conviene advertir, además, que estas prácticas son consideradas raíz de muchos otros pecados y, por consiguiente, vicio especialmente peligroso, tanto para religiosos como para seglares¹⁷. Si bien el *Liber Gomorrhianus* no gozó de una difusión extraordinaria, como consecuencia de algunas reservas papales, parece evidente que su propio estatuto refleja una mirada radicalizada que fue incorporándose en documentos canónicos y teológicos de los siglos posteriores, como demuestra la orden XXI decretada en el Concilio de París de 1212.

La obra de Pedro Damiano, por tanto, resulta de indudable interés desde perspectivas complementarias para lo que podría calificarse como una de las actas de nacimiento de la condena de las prácticas homosexuales —consolidada a través de siglos por el cristianismo—, así como por la luz, tenebrosa e inmaculada a un tiempo, que arroja sobre la sexualidad de su centuria¹⁸. Es por esta razón por lo que sería conveniente recordar algunos textos coetáneos, religiosos y literarios, alejados de la Italia septentrional en donde Damiano compone su diatriba, con el objetivo de apuntar algunos de los acercamientos a esta cuestión, que podría calificarse como palpitante. El relato autobiográfico de Guiberto de Nogent (*De vita sua*), por ejemplo, está llamando la atención sobre el mismo tema, aunque con una retórica diferente, por supuesto, que el esgrimido por Hildegarda de Bingen en la visión quinta de la parte segunda de su *Liber divinorum operum simplicis hominis*. Por este moti-

¹⁶ Pierre J. Payer, *Sex and the Penitentials. The Development of a Sexual Code, 550-1150*, Toronto, University Press, 1984, p. 5.

¹⁷ Véase ahora Pierre J. Payer, *The Bridling of Desire: Views of Sex in the Later Middle Ages*, Toronto, University Press, 1993.

¹⁸ Cfr. Larry Scanlon, «Unmanned Men and Eunuchs of God: Peter Damian's *Liber Gomorrhianus* and the Sexual Politics of Papal Reform», en *New Medieval Literatures*, 2 (1998), pp. 37-64.

vo, debe llamarse la atención sobre un aspecto poco atendido que podría caracterizarse de la manera siguiente:

«Damian's causal logic of destruction (...) is striking as it posits an incremental destruction that moves from the male body (*miserable flesh*) to the social and spiritual orders and back to the body itself. Through the (mis)use of the male sexual organs, first body and mind are destroyed; social and spiritual values are lost; ostracization from the body of Christ and the earthly community occurs; and eventually the soul is cast into hell. (...) But as much as Damian emphasizes sodomy as an evil in itself, the message that emerges is that sodomy is an evil because the heteronormative order is too weak, too unstable, to withstand deviance»¹⁹.

Se trataría, así, de valorar este tipo de documentos desde una perspectiva múltiple, reflexionando simultáneamente sobre las prácticas *naturales* y sobre las *antinaturales*, aceptando que sus contenidos están describiendo unas relaciones en el contexto más amplio de la sexualidad medieval, de sus realizaciones y de los intentos de regularización que se fueron llevando a cabo, con mayor o menor ímpetu según las circunstancias propias de cada región. El estudio de los penitenciales representa una vía privilegiada de conocimiento, pues a lo largo de varias centurias fueron revisándose y consolidándose una serie de parámetros que acabarían formulando la doctrina que, a partir del cuarto Concilio de Letrán (1215), se transformaría a través de las *summae confessorum* y que se integraría en la literatura didáctica y homilética de fines del Medioevo, como sugieren los sermones de Bernardino de Siena, del primer cuarto del siglo XV²⁰.

¹⁹ David Lorenzo Boyd, «Disrupting the Norm: Sodomy, Culture, and the Male Body in Peter Damian's *Liber Gomorrhianus*», en *Essays in Medieval Studies. 1994 Proceedings of the Illinois Medieval Association*, ed. A. J. Frantzen y D. A. Robertson, 11 (1995), p. 67.

²⁰ Cfr. Michael Rocke, «Sodomites in Fifteenth-Century Tuscany: The Views of Bernardino of Siena», en *The Pursuit of Sodomy: Male Homosexuality in Renaissance and Enlightenment*, ed. K. Gerard y G. Hekma, New York, Harrington Park, 1989, pp. 7-31; Dyan Elliott, «Bernardino of Siena versus the Marriage Debt», en *Desire and Discipline. Sex and Sexuality in the Premodern West*, ob. cit., pp. 168-200, y Franco Mormando, *The Preacher's Demons. Bernardino of Siena and the Social Underworld of Early Renaissance Italy*, Chicago, University Press, 1999.

Tal como han sugerido las investigaciones de Bullough, Brundage y Payer, concentradas en el estudio de los manuales de confesión desde mediados del siglo VI hasta fines del siglo XV, estas recopilaciones demuestran los mecanismos que estipularon las diversas ordenanzas en torno a la sexualidad. También, cómo se fueron remodelando las definiciones de actos entre personas del mismo sexo y los actos sodomíticos, que no siempre resultaban coincidentes, pues en ocasiones la primera categoría aludía a relaciones entre adultos y jóvenes mientras que la segunda solía referirse a la penetración anal, con independencia de sus sujetos. Asistimos, por consiguiente, a un proceso a partir del cual la iglesia cristiana empezó a controlar la sexualidad de forma metódica y, por supuesto, a consolidar la función reproductiva del sacramento matrimonial, que sería a su vez adoptada por los cuerpos legislativos.

Desde esta perspectiva, todavía poco explorada, una aproximación de enorme interés sería la acometida por Allen J. Frantzen, quien ha analizado y comparado las leyes civiles y los manuales de castigos en los territorios ingleses durante los siglos VII al XII, tanto en latín como en lengua vernácula²¹. Sus resultados muestran de qué manera la iglesia colaboró de manera muy estrecha con las autoridades seculares y hasta qué punto éstas acabaron por regular los comportamientos sexuales de los religiosos. A partir de ellos se descubre el mecanismo de definición de las diversas categorías de relaciones homosexuales, distinguiendo los tipos de actos, la edad o la condición (laica o religiosa) de sus protagonistas. A la vista de todos los documentos, se deduce que durante este período el número de leyes relativas a la sexualidad *normativa* era relativamente pequeño, pero que un diez por ciento de ellas alude a prácticas ligadas con el homoerotismo, dependiendo sobre todo del «público» al que se dirigieran, y que eran más severamente castigadas. Las conclusiones de Frantzen apuntan, además, hacia un norte complementario:

«Amid all the detail about same-sex practices available in the Anglo-Saxon penitentials, three points are especially important. First, all the Latin and vernacular texts specify penances for male homosexual acts.

²¹ Allen J. Frantzen, *Before the Closet: Same-Sex Love from «Beowulf» to «Angels in America»*, Chicago, University Press, 1998.

Second, all these texts specify penances for those who repeatedly perform such acts, suggesting that for some penitents these acts were habitual and, in a word, preferred, no matter the consequences. The texts provide for sinners who committed these acts just once, assigning them lighter penances, but also provide for those who performed these acts many times. Third, two texts [el penitencial de Teodoro y su suplemento] offer evidence that certain men who preferred to have sex with other men had a special name in Anglo-Saxon England. We can conclude that there were men and women in the Middle Ages who preferred to have sex with their own kind, and perhaps even exclusively with their own kind, and that some of these men were known for or identified with this preference (no comparable evidence for women exists)²².

Resulta elocuente que el propósito de Frantzen se dirija no sólo a valorar las características de los comportamientos sexuales de los que informan los penitenciales, las legislaciones civiles o los ordenamientos conciliares, sino a explorar la posibilidad —con rango de certeza— de que, durante aquellos siglos, la sociedad anglonormanda reconociera la especificidad de un tipo de personas (denominadas «baedling») caracterizadas por sus preferencias homoeróticas. La mera existencia revelaría la actitud de la iglesia al desarrollar un modelo confesional a través del cual pudiera delimitarse su categorización y la condena peculiar que sus actos requerían. De este presupuesto no podría deducirse una difusión concreta, pues el número de testimonios no lo permitiría, ni tan siquiera una noción de identidad comunitaria, ya que la documentación conservada no procede de ninguno de estos individuos sino de las jerarquías en materia legislativa, que aprovecharon y concedieron una nueva dimensión a la tradición en torno a Sodoma y Gomorra. En cualquier caso, parece más que obvia la importancia de unos resultados que vienen a poner en cuestión, desde otro ángulo, las argumentaciones de John Boswell en torno a la existencia de una identidad homosexual individual, especialmente en algunos círculos religiosos durante los siglos X al XII.

Como subrayaba más arriba, la monografía de Boswell titulada *Christianity, Social Tolerance, and Homosexuality* constituyó uno de los pilares fundamentales de los debates teóricos en torno al carácter «esencialista» o «construccionista» de la homosexualidad, en los que el propio historiador participó activamente. Esta obra le mereció la concesión de uno de los pre-

²² *Ibid.*, p. 171.

mios más sobresalientes en el ámbito universitario norteamericano y la ascensión de nuestro tema de estudio a una palestra de primer rango, hecho que ha redundado en su progresiva consolidación. Ahora interesa esbozar la metodología de la investigación de Boswell y los mecanismos de los que se sirve para argumentar la existencia de una *identidad* homosexual en un período singular del Medioevo europeo, a los que todavía deben responder los estudios más recientes, como manifiestan las conclusiones de la obra recién citada de Frantzen o, en otra esfera, las de Dinshaw²³.

A tenor de la documentación exhumada o reinterpretada por Boswell, podría afirmarse que durante los siglos VI al XI los cristianos no habrían mostrado el carácter profundamente homofóbico que les fue inculcado por su iglesia a partir del siglo XIII y que fueron las legislaciones seculares (y no las religiosas) las que hasta esa centuria se habían encargado de la delimitación y condena de las prácticas homoeróticas. De esta manera, la monografía diluye, por una parte, el papel ejercido por el cristianismo en la persecución de las variantes sexuales en la temprana Edad Media y recrea un cierto tipo de personas con una clara conciencia de su opción amorosa, por supuesto fácilmente trasvasable a nuestra época. Esta misma idea fue complementada en *Same-Sex Unions in Premodern Europe*, donde Boswell rescata una serie de textos en los que, a su juicio, se demostraría que la iglesia ortodoxa aceptó y bendijo un tipo de uniones o hermandades entre hombres —no explícitamente matrimonios— durante los primeros siglos de nuestra era y que estas relaciones fueron consideradas ejemplares e, incluso, santificadas como modelos de perfección:

«Christianity's main innovation was to privilege and make real widespread voluntary celibacy, implicitly or explicitly suggesting that heterosexual matrimony was a mere compromise with the awful powers of sexual desire, even when it was directed exclusively to the procreation of children, the one rationale Christians found convincing. But passionate friendships, especially among paired saints and holy virgins, continued to exercise a fascination over the early Christians —still residents of the ancient world— and in time were transformed into official relationships of union, performed in churches and blessed by priests»²⁴.

²³ Carolyn Dinshaw, *Getting Medieval. Sexualities and Communities, Pre- and Postmodern*, Durham, Duke University Press, 1999.

²⁴ John Boswell, *Same-Sex Unions in Premodern Europe*, New York, Villard, 1994, p. 280.

No creo que resulte necesario profundizar en el impacto que un tipo de investigaciones como éste ha ido provocando entre lectores de muy diferentes orígenes, creyentes o agnósticos, en la sociedad estadounidense, especialmente sensible a cuestiones religiosas. Tampoco puede ser mi objetivo valorarlas, dados los límites del presente trabajo. Sin embargo, merece la pena señalar algunos de los puntos cardinales de su primera monografía – pues la segunda se centra en las tradiciones bizantinas, ajenas a los márgenes aquí impuestos– con el propósito de valorar las dimensiones concretas que genera en nuestro tema de investigación.

El núcleo textual de esta primera empresa aparece constituido por una serie de piezas, en su mayoría escritas en latín, que una vez interrelacionadas permitieron a Boswell construir una sólida y erudita hipótesis en torno a la *identidad homosexual*. Se trata, en la mayoría de casos, de poemas que se enlazan directamente con la tradición amorosa de la lírica clásica romana, a la manera de los versos de Alcuino (c. 735-804). Según esta monografía, debería aceptarse que durante el primer Medioevo existió una tipología de «amistad apasionada» especialmente rica entre clérigos, quienes cultivaron un tipo de relación homosexual, real o idealizada, que surgió como respuesta a las presiones del celibato. Estas relaciones amorosas, aunque en cierto aspecto similares a las de la Atenas de Pericles, ofrecían una novedosa reencarnación del homoerotismo clásico en un medio cristiano, como sería el ámbito de los monasterios, contemplado a través de una dinámica maestro-discípulo que iría consolidándose de manera específica. Boswell analiza estas piezas literarias, así como otro tipo de textos (por ejemplo, epístolas y tratados), al tiempo que, cuando dispone de datos, traza las trayectorias biográficas de sus autores y destinatarios, en ocasiones ajenos a la órbita eclesiástica. A su entender, los factores que propiciarían un renacimiento de las prácticas homosexuales y que explicarían dicha panorámica durante los siglos VIII al X radican no sólo en la propia tradición cristiana, sino en la importancia del medio rural, en el clima vital e intelectual de las escuelas monásticas y en el influjo del neoplatonismo helenístico. Así, por tanto, cabría entender que las acusaciones de sodomía no se dirigían en exclusiva a castigar estas prácticas sino cualquier otra que se definiera por su naturaleza no procreadora. Esta matización equivale, según su tesis, a la constatación de ese ataque muy tenue expresado por la iglesia, puesto que la homosexualidad quedaría reducida a una forma más, entre otras, de fornicación.

A esta situación sucedería un segundo período, entre 1100 y 1250, previo al inicio de las condenas generalizadas, en el que si bien se advierte una dinámica mucho menos unívoca—como ejemplificaría Pedro Damián—, podría hablarse de una época casi *dorada* de la conciencia homosexual, hasta cierto punto equiparable a ese «renacimiento del siglo XII» que se adjudica a los reinos franceses. A su juicio, la misma geografía que vio nacer la noción de «amor cortés», presente en la literatura vernácula coetánea, contemplaría la consolidación de los testimonios de temática homosexual, cuyo volumen conservado analiza detenidamente. Muestras de esta tradición serían, entre otros, los textos de Anselmo (1033-1109), Baudri de Bourgueil (1046-1130) o de Hilarius Anglicus (c. 1100-1150), que pueden complementarse con dos textos anónimos del siglo XIII—el primero de ellos una carta en verso de tema lésbico—. Por esta razón afirma:

«The fact that in the twelfth century fervently Christian literature could celebrate a personal affection which explicitly transcended all other relationships and obligations—legal, moral, or familial—is evidence of a far-reaching and profoundly important social change in European society. (...) This elevation of love from despised mental disturbance to the animating force of most Christian life-styles was accompanied, if not produced, by a great efflorescence of urbanity, both demographic and cultural, which brought with it veneration of the humanism of antiquity in social as well as artistic matters and a renewed respect for personal freedom, values, and feelings. These circumstances were conducive not only to public tolerance of idiosyncratic individuals but to the flourishing of minority cultures, many of which made lasting contributions to the cultural values of the majority»²⁵.

Entre los testimonios más relevantes de este florecimiento de una *cultura homosexual* minoritaria se emplazaría Aelred de Rievaulx (1110-1167) y su *De Spirituali Amicitia*. Aelred, canonizado como lo fuera Pedro Damián, fue abad de un importante monasterio inglés a mediados del siglo XII y ejerció un notable papel como consejero político de la nobleza de su tiempo. En el tratado citado, al igual que en otras piezas complementarias, expuso una teoría de la amistad cristiana que, según Boswell, representa el correlato teórico en prosa de los poemas homoeróticos latinos conservados: «There can

²⁵ *Christianity, Social Tolerance, and Homosexuality. Gay People in Western Europe from the Beginning of the Christian Era to the Fourteenth Century*, ob. cit., pp. 240-241.

be little question that Aelred was gay and that his erotic attraction to men was a dominant force in his life. This was true, by his own account, from the beginning of his emotional life»²⁶.

El trabajo de John Boswell puede compararse con una semilla que ha dado frutos de muy diversa especie que apoyan su lectura del nacimiento de una «subcultura gay» entre 1050 y 1150, que, como consecuencia del origen predominantemente eclesiástico de los testimonios conservados, parece especialmente relevante en el medio religioso cristiano, pues en su catálogo se unen obispos, monjes y sacerdotes de diversas áreas geográficas cuyas piezas certificarían además «the sincerity and the variety of gay relationships among the clergy of the time»²⁷. Desde esta perspectiva, la investigación intenta demostrar, a través de un impresionante manejo de las fuentes originales y secundarias, cómo sólo puede hablarse de una actitud de intolerancia a partir de fines del siglo XII, apuntada, entre otras piezas, por la retórica de Mateo de Vendôme, que manifiesta un uso metafórico muy original de los pecados –*naturales* y *antinaturales*– aplicados a la gramática en su *Ars Versificatoria*, de hacia 1175²⁸. Ya en el siglo XIII, cuando se vaya consolidando el poder del pensamiento teológico a través de la escolástica de Alberto Magno y Tomás de Aquino, se instauraría el proceso según el cual se asocian herejía y homosexualidad de manera indisoluble, como mostraría, en la centuria siguiente, el proceso editado por Goodich. Las razones de este cambio, en todo caso, le resultan oscuras al propio Boswell, quien se muestra incapaz de discernir cuáles fueron aquellos agentes que de manera más relevante impulsaron esta hostilidad nueva.

Las discusiones en torno a los testimonios y a las propuestas de John Boswell han ocupado el centro de los debates sobre el homoerotismo medieval en los años siguientes, aunque deba apuntarse que en la actualidad la mayoría de estudiosos han constituido un *frente común* en contra de su tesis central. Parece demostrado que durante los siglos VI al X la (homo)sexualidad no constituyó una preocupación *mayor* de la moral cristiana y que, por tanto,

²⁶ *Ibíd.*, p. 222.

²⁷ *Ibíd.*, p. 250.

²⁸ Cfr. Garrett P. J. Epp, «Learning to Write with Venus's Pen: Sexual Regulation in Matthew of Vendôme's *Ars versificatoria*», en *Desire and Discipline. Sex and Sexuality in the Premodern West*, ob. cit., pp. 265-279.

no puede afirmarse que en aquellas centurias la persecución de las prácticas homoeróticas fuera tan extensiva como en los siglos inmediatamente posteriores. Sin embargo, estas investigaciones han coincidido en verificar que este fenómeno respondería menos a una «tolerancia», como proponía Boswell, que al hecho de que la autoridad eclesiástica todavía no hubiera adquirido el poder de control suficiente para incidir en todas y cada una de las expresiones de la heterodoxia²⁹. Además, el estudio de los penitenciales, de las legislaciones civiles y de algunas de las figuras más influyentes en el ámbito de la teología cristiana —desde los Padres de la Iglesia hasta el siglo XIII— demostraría la clara presencia condenada de las prácticas sexuales entre personas de un mismo género biológico, tanto hombres como mujeres, desde fechas mucho más tempranas a las que aduce Boswell. Así, con muy escasas excepciones, la crítica coincide en señalar que Pedro Damián no constituye una excepción a la tolerancia sino el verdadero inicio aglutinador de la persecución, constatación que equivale a adelantar dos siglos las sugerencias de Boswell y a anular su propuesta de periodización. En consecuencia, se ha intentado integrar el análisis de estas condenas mediante su ubicación en un contexto más amplio que, por ejemplo, contemplara las herejías religiosas, los ataques a las comunidades judías o la brujería. De esta manera, el pensamiento escolástico del siglo XIII no representaría una novedad sino la consolidación de una tradición monolítica que, aunque formulada de manera novedosa, recogería el legado de un discurso cristiano secular.

Ésta es la actitud que han demostrado investigaciones tan diversas como las ya citadas de Brundage, Bullough, Frantzen o Goodich, así como también las aproximaciones que, sin centrarse en las prácticas homosexuales a lo largo del Medioevo, apuntan otros autores. Por ejemplo, Payer amplía el caudal de las interpretaciones y condenas vertidas en los penitenciales y en los manuales de confesión; Bond emplaza la lírica latina de temática homoerótica en el proceso de revitalización de la tradición ovidiana del siglo XI; Karras destaca los límites del concepto de amistad espiritual en Aelred de Rievaulx y le niega contenido erótico real alguno; Kluncker y Gilmour-Bryson matizan

²⁹ Véase, por ejemplo, Glenn W. Olsen, «The Gay Middle Ages: A Response to Professor Boswell», en *Communio. International Catholic Review*, Summer 1981, pp. 119-138, así como Harry J. Kuster y Raymond J. Cormier, «Old Views and New Trends. Observations on the Problem of Homosexuality in the Middle Ages», en *Studi Medievali*, 25 (1984), pp. 587-610.

las condenas por sodomía en los procesos contra los templarios³⁰. Y así podría irse citando un gran número –la mayoría– de estudios que han partido de las fuentes recuperadas por la imprescindible monografía de 1980 con el objetivo de apuntar una gama más rica de significados que han logrado que las sexualidades medievales se integren de manera creciente en las investigaciones académicas.

Piénsese, sin ir más lejos, que la vitalidad lograda por el estudio de materiales conservados en archivos de toda Europa relativos a las legislaciones en materia de sexualidad de los siglos XII al XV ha permitido contemplar bajo una nueva luz la realidad socio-histórica de las prácticas homoeróticas y las diversas respuestas que, según cada geografía, se fueron brindando. Por ejemplo, los estudios de Hergemöller sobre el área germánica; de Monter para Suiza; de Boone a propósito de la ciudad de Brujas; de Canosa y de Porta sobre el norte de Italia o de Pavan y de Labalme sobre el ducado de Venecia, así lo ratificarían³¹. Como bien señala Guido Ruggiero, quien analiza la legis-

³⁰ Cfr. Gerald A. Bond, «*Iocus Amoris: The Poetry of Baudri of Bourgueil and the Formation of the Ovidian Subculture*», en *Traditio*, 42 (1986), pp. 143-193; Ruth Mazo Karras, «Friendship and Love in the Lives of Two Twelfth-Century English Saints», en *Journal of Medieval History*, 14 (1988), pp. 305-320; Karlhans Kluncker, «Die Templar: Geschichte und Geheimnis», en *Zeitschrift für Religions- und Geistesgeschichte*, 41 (1989), pp. 215-247, y Anne Gilmour-Bryson, «Sodomy and the Knights Templar», en *Journal of the History of Sexuality*, 7 (1996), pp. 151-183.

³¹ Bernd-Ulrich Hergemöller, «Sodomiter. Erscheinungsformen und Kausal faktoren des spätmittelalterlichen Kampfes gegen Homosexuelle», en *Randgruppen der spätmittelalterlichen Gesellschaft*, ed. B.-U. Hergemöller, Warendorf, Frahlbusch, 1994 (2a. ed. corr.), pp. 361-403, y *Sodom und Gomorrha. Zur Alltagswirklichkeit und Verfolgung Homosexueller im Mittelalter*, Hamburg, MännerschwarmSkript, 1998; E. William Monter, «Sodomy and Heresy in Early Modern Switzerland», en *Journal of Homosexuality*, 6 (1980), pp. 41-55; Marc Boone, «*Le tres fort, vilain et detestable criesme et pechié de zodomie: Homosexualité et répression à Bruges pensant la période bourguignonne (fin 14e-début 16e siècle)*», en *Beleid en Bstuur in den Oude Nederlanden. Liber Amicorum Prof. Dr. M. Baelde*, ed. H. Soly y R. Vermeir, Gent, 1993, pp. 1-18; Romano Canosa, *Storia di una grande paura. La sodomia a Firenze e a Venezia nel Quattrocento*, Milano, Feltrinelli, 1991; Giuseppe Porta, «Perversions sexuelles, lois religieuses et politique communale, chez les historiens, en Italie, au XIV^e siècle», en *Sexuelle Perversionen im Mittelalter*, ed. D. Buschinger y W. Spiewok, Greifswald, Reineke, 1994, pp. 183-191; Elisabeth Pavan, «Police des moeurs. Sociétés et politique à Venise à la fin du Moyen Âge», en *Révue Historique*, 264 (1980), pp. 241-288, y Patricia H. Labalme, «Sodomy and Venetian Justice in the Renaissance», en *Revue d'Histoire du Droit*, 52 (1985), pp. 217-254.

lación veneciana y los procesos relativos a la criminalidad de origen sexual a partir del siglo XIV:

«Whatever else a study of sodomy in fourteenth- and fifteenth-century Venice teaches, it reveals the major role of fear in this sex crime as in no other. We need only turn briefly to the penalties imposed for the crime to see that the nobility was much more disturbed by sodomy than by any other act that crossed the boundaries of accepted sexuality. Death, usually by burning, was the normal penalty -a far cry from the two-year jail sentence plus fine required for fornication with nuns or even milder penalties for other sex crimes. Sodomy struck a deeper chord laden with overtones of fear»³².

Obsérvese, no obstante, que junto a las materias más íntimamente vinculadas al estudio de las fuentes religiosas y teológicas o a los documentos históricos procedentes de los registros judiciales, por más que especialmente elocuentes, también debemos recordar que nuestro tema de estudio forma parte de otras áreas a primera vista más alejadas del ámbito de las Humanidades. Éste sería el caso ejemplar de los textos médicos y de las interpretaciones que desde los manuales científicos se atribuyeron a las prácticas homoeróticas. A pesar de que, según Jacquart y Thomasset, los autores de tratados sobre las más diversas enfermedades fueron especialmente reticentes a abordar aquellas manifestaciones que se apartaban de la moral cristiana, no puede ignorarse que en algunas ocasiones brindaron una serie de respuestas al respecto, en parte como consecuencia de la difusión de las obras de origen musulmán —así, el *Canon* de Avicena— y de su influjo en la composición de piezas médicas en latín y en vulgar durante los últimos siglos del Medioevo (además de, claro está, en algunas de las ideas expuestas por la primera escolástica, empezando por el propio Alberto Magno)³³. Desde esta perspectiva se entiende también que quepa recuperar el anónimo *Liber monstrorum de diversis generibus*, del siglo VII, de éxito nada insólito, en torno a una figura de enorme calado como fuera la del hermafrodita, clara-

³² Guido Ruggiero, *Boundaries of Eros: Sex, Crime, and Sexuality in Renaissance Venice*, New York, Oxford University Press, 1985, p. 110.

³³ Danielle Jacquart y Claude Thomasset, *Sexualidad y saber médico en la Edad Media* (1985), Barcelona, Labor, 1989, pp. 161-175.

mente identificable con alguien que practica la homosexualidad si se piensa en las descripciones que le acompañan. La figura del ser doblemente sexuado fue una de las imágenes que más frecuentemente esgrimieron los textos médicos para indagar en la naturaleza irracional de las prácticas sodomíticas, siguiendo el voluminoso modelo de un sinfín de piezas falsamente atribuidas a Aristóteles.

Pedro Abano, en la segunda mitad del siglo XIII, redacta la *Expositio problematum Aristoteli* en uno de cuyos capítulos intenta explicar las razones por las cuales algunos hombres pueden experimentar placer con la penetración anal. Según sus propuestas, esta actitud obedecería bien a un problema derivado de unos órganos sexuales atrofiados, bien –y mucho más interesante– a un proceso de perversión del alma:

«Although Peter took the trouble to explain how such a practice could become a habit starting from the innocent experience of seeking to release seed and explained in physiological terms why adolescents boys were susceptible (hence, many nations prohibit intercourse with children) and even how the habit gives rise to what is, in a sense, a new nature, still he spoke of this group as ‘those who are damned by the polluted sodomite vice’. To them Avicenna’s opinion on the spiritual origin of the disorder applies. They are twice blameworthy»³⁴.

A pesar de que la distinción planteada por ésta y por otras obras científicas en torno al origen y a la naturaleza de las fuerzas y de las condiciones que impulsan a que la naturaleza humana se *corrompa* –debido a su alejamiento de la castidad ejemplar o de la procreación en el seno del matrimonio– pueda parecer, a simple vista, el reconocimiento de una existencia, nada resulta más falso para la mentalidad dominante medieval, que no aceptaba la posibilidad de la búsqueda del placer a través de la sexualidad³⁵. De aquí procedería la condena de cualquier *variante* y de sus consecuencias, llámese masturbación, zoofilia, penetración anal o aborto, por ejemplo, también a través del

³⁴ Joan Cadden, *Meanings of Sex Difference in the Middle Ages. Medicine, Science, and Culture*, Cambridge, University Press, 1993, p. 216.

³⁵ Cfr. Helen Rodnite Lemay, «Human Sexuality in Twelfth– through Fifteenth–Century Scientific Writings», en *Sexual Practices and the Medieval Church*, ob. cit., pp. 187-205 y 278-282.

discurso de la medicina, de acuerdo con el concepto unívoco de Naturaleza atribuido a la divinidad cristiana, como subrayaba Alano de Lille en *De planctu Naturae* a fines del siglo XII³⁶. En la mayoría de ocasiones en que aparecen citadas las prácticas homosexuales, su función es la de crear la réplica forzada de un sistema binarista que requiere ese *otro* transgresor que, a todos los niveles (moral, social, político, religioso,...), debía ser atacado y destruido. Y que lo fue, de manera feroz y hasta sus últimas consecuencias, parece sobradamente demostrado. También desde una perspectiva médica, por tanto, la sexualidad fue considerada un ámbito en donde se conciliaban todos los peligros imaginables para confirmar la significación de los males de la carne derivados del pecado original narrado en *Génesis*. La biología era un dogma, de la cuna a la sepultura, o, si se prefiere, siguiendo a Agustín de Hipona, la sexualidad sólo podía apreciarse siguiendo el dictado normativo de la Naturaleza, que concedía dos funciones radicalmente opuestas a la sexualidad masculina y a la femenina³⁷.

Aunque no sea necesario reiterar la idea central que está constituyendo el norte de esta exposición, resulta conveniente describir otros mecanismos a través de los cuales se ha producido una comunicación entre nuestro tema y los trabajos consagrados a analizar las representaciones del homoerotismo en el Medioevo cristiano occidental. Parece lógico añadir que los ataques vertidos contra las monografías de John Boswell pretendían delimitar con mayor precisión las incorrecciones de algunas de sus lecturas y negar el núcleo central de su tesis en torno a la actitud tolerante del cristianismo hacia las prácticas homosexuales durante una época concreta de la Edad Media. Pero, obviamente, también cabe recordar que, desde otro plano de análisis, aquello que se estaba dirimiendo era la legitimidad de una percepción esencialista de la identidad y de la comunidad homosexuales, ya fuera desde dentro o desde fuera del seno de los estudios gays y lesbianos. Así lo demostraría una reciente monografía de Mark D. Jordan³⁸.

³⁶ Véase Jan Ziolkowski, *Alan of Lille's Grammar of Sex: The Meaning of Grammar to a Twelfth-Century Intellectual*, Cambridge, The Medieval Academy of America, 1985.

³⁷ Como demuestra Joyce E. Salisbury, «Gendered Sexuality», en *Handbook of Medieval Sexuality*, ob. cit., pp. 81-102.

³⁸ *The Invention of Sodomy in Christian Theology*, Chicago, University Press, 1997.

Jordan, especialista en la filosofía escolástica del siglo XIII, intenta ofrecer una nueva dimensión del concepto mismo de sodomía, que a su juicio sufre en la actualidad una serie de embates ajenos a su entidad original. Según su propuesta, la «invención» de la sodomía no podría datarse hasta el siglo XI, de la mano de Pedro Damián, quien acuña un término abstracto a partir del relato del Antiguo Testamento dedicado a Sodoma y Gomorra pero acentuando un aspecto que con anterioridad le era ajeno: su dimensión «lujuriosa». Jordan considera que aquello que en verdad logra el *Liber Gomorrhianus* no es tanto un tipo novedoso de condena como una abstracción o condensación de la noción misma de acto sodomítico, que será la que a partir de entonces reverberará y se intensificará, en su acepción más elemental, en las obras posteriores de un Alano de Lille o de Tomás de Aquino. Este planteamiento sería el que en última instancia debería guiar, a su entender, el estudio del homoerotismo medieval. Si se acepta que la sodomía fue creada por la teología medieval como derivación de un vocablo anterior como sería «sodomita», en tanto que reducción última de un pecado fundamental, cabría admitir la siguiente paradoja:

«The idea of an identity built around the genital configuration of one's sexual partners is, in our tradition, the product of Christian theology. The rapid acceptance of the term 'homosexual' as a term of identity was prepared, long before, by a double mistake in medieval theology. Because Latin theologians thought in terms of Sodomites, we have found it so easy to think of ourselves as *being* homosexuals, as having a lesbian or gay *identity*. When we lesbians and gays think of ourselves as members of a tribe, as a separate people or race, we echo medieval theology's preoccupation with the Sodomites. Perhaps there is some room for gratitude to Peter Damian even here. And room for correcting some pages in the first volume of Foucault's *History of Sexuality*»³⁹.

La ironía de estas constataciones, por supuesto, va encaminada hacia una crítica que tiene como objetivo alcanzar una triple diana: en primer lugar, la valoración más extendida en la órbita general de los estudios medievales de la noción de sodomía –plagada de inexactitudes, como fruto de una interpretación moderna y simplista, por falsa, de su significado–. Pero, en segundo lugar, Jordan descalifica la arquitectura trazada por Foucault y por algunos de los teóricos que han ampliado sus propuestas (por ejemplo, explícitamente

³⁹ *Ibid.*, p. 163.

te, los estudios *queer*) en la medida en que ya Pedro Damían atribuye a los sodomitas casi todos los rasgos que el filósofo francés considera que sólo nacen a fines del siglo XIX. La tercera diana pretende modificar desde un plano diferente la tesis de Boswell –pues Jordan se presenta además como católico practicante–: no sería en el Medioevo cuando podamos contemplar una tolerancia del cristianismo hacia la homosexualidad, según los textos por él analizados, sino que debiera acudirse a los evangelios. Que la sodomía sea una invención de la teología medieval sólo significa, a su entender, que el pensamiento moral de aquella época, aunque haya dominado el orden moral hasta nuestros días, falló en su valoración de las enseñanzas que emanarían de la Biblia.

Puede deducirse, por consiguiente, que las perspectivas de trabajo adoptadas por algunos estudiosos de la cultura medieval albergan propuestas complementarias de muy diverso calado, aunque quepa advertir que como producto de la todavía no plena aceptación de todas las opciones sexuales en nuestra sociedad. Así, resulta muy significativa esa dinámica creada entre la proliferación de cursos sobre temas gays y lesbianos en algunos centros de educación superior norteamericanos y europeos y la necesidad de vindicación de un estatuto de honorabilidad ante el pensamiento mayoritariamente homófobo. Tal vez por esta razón, tan poderosa, pueda comprenderse que los estudios de género hayan propiciado la metodología más utilizada para explorar las dimensiones del homoerotismo en la cultura literaria de la Edad Media, papel que sólo muy recientemente han empezado a acometer las investigaciones que parten de los presupuestos gays, lesbianos y *queer*⁴⁰. Sin embargo, no resulta ocioso subrayar que la tendencia mayoritaria se podría

⁴⁰ Véanse Louis Crompton, «The Myth of Lesbian Impunity. Capital Laws from 1270 to 1791», en *Journal of Homosexuality*, 6 (1980-1981), pp. 11-25; Annette Hug, «*Quae non custodiuntur (aut non custodiri possunt)*. Des femmes lesbiennes au bas Moyen Âge», en *Les Lesbianaires*, 31 (1991), pp. 3-14; Kathleen Biddick, «Genders, Bodies, Borders: Technologies of the Visible», en *Speculum*, 68 (1993), pp. 389-418; María-Milagros Rivera Garretas, «Placer y palabra femenina en la Europa feudal», en *De leer a escribir I. La educación de las mujeres: ¿libertad o subordinación?*, ed. C. Segura Graño, Madrid, Asociación Cultural Al-Mudayna, 1996, pp. 45-61, y Karen J. Taylor (ed.), *Gender Transgressions: Crossing the Normative Barrier in Old French Literature*, New York, Garland, 1998.

caracterizar por una rápida asimilación de la noción de género a otras categorías, como por ejemplo sería la de «clase», que ha servido más para alentar la imagen de una sexualidad marginal que para profundizar en sus diversas dimensiones. De nuevo, por tanto, conviene apuntar que las diferencias entre un curso o una investigación dedicada a la historia de la mujer medieval en poco debe parecerse a otros consagrados a la noción de género, pues estos últimos operan sin un sujeto equivalente y su pretensión sería la de arrojar nueva luz sobre los órdenes morales y socio-políticos que definieron la ideología de la sexualidad medieval.

Los textos literarios han sido aquellos documentos de las culturas del Medioevo occidental que, hasta la fecha, han despertado mayor interés entre los investigadores que han analizado nuestro tema de estudio con las herramientas metodológicas del feminismo, los *gender studies*, o desde la teoría gay, lesbiana y *queer*⁴¹. Tal vez sea también como consecuencia del mayor impacto de estas líneas interpretativas en los estudios literarios, pues, por supuesto, no pueden equipararse con estos el peso de la tradición interpretativa de, por ejemplo, la historiografía médica o teológica. Por esta razón parece tan inevitable como oportuno que, a partir de ahora, me centre en las propuestas diseñadas para alumbrar diversos ámbitos culturales medievales, ya que resulta imprescindible comentar aquellos trabajos que han enriquecido nuestro entendimiento de las prácticas homosexuales medievales.

De acuerdo con las fuentes manejadas por Boswell, puede afirmarse que existe una tradición poética de temática homoerótica escrita en latín durante el Medioevo cristiano: son muy diversos los textos –anónimos o de autores bien conocidos por los estudiosos de las letras latinas– que muestran una curiosa gama de afectos, que oscilan entre la idealización y la pasión amorosa. Deudora de esta lectura, por ejemplo, sería la propuesta que vertebra Thomas Stehling:

«In the Middle Ages there was no such loaded social or psychological category. Homosexual acts were sins like other sins: lying, overeating, murder, or sleeping with your wife out of lust rather than with an intent to procreate. Though opinion varied, as the poems in this anthology show,

⁴¹ Cfr. David Lorenzo Boyd, «On Lesbian and Gay / Queer Medieval Studies», en *Medieval Feminist Newsletter*, 15 (1993), pp. 12-15.

clearly homosexual acts were sins less serious than incest or murder (...). Homosexual acts were sins of excess, sins of decadence or debauched life. And they were sins anyone could commit»⁴².

Su antología de poemas latinos, compuestos desde finales de la época clásica hasta el siglo XIII, incide directamente en la misma senda vindicativa de la tendencia esencialista, tan eficiente por cierto para propósitos editoriales. Por este motivo, puede afirmarse que buena parte de los medievalistas que han profundizado en la cultura poética de estos siglos han apuntado la continuidad que cabe establecer entre estas piezas y la tradición clásica, representada por Ovidio y Virgilio especialmente. Así, vale la pena apuntar cómo se han ido subrayando una serie de equivalencias retóricas y, lo que parece más significativo, la dinámica que se constata en el seno de este *corpus* en torno al erotismo, ya que nos enfrentamos con versos en los que un mismo autor puede cantar las delicias del amor hacia otro hombre, mientras en otra ocasión manifiesta su deseo erótico hacia mujeres o condena unas y otras relaciones⁴³. Resulta oportuna, por tanto, la constatación poco comentada de que las modalidades retóricas empleadas fueran las mismas, con independencia del «objeto» elegido, y de cómo la pasión sexual no siempre va acompañada de una identidad subjetiva uniforme, aunque no pueda establecerse con exactitud el límite que separa una concepción que prima el hedonismo —con independencia del sexo y la función de la pareja— de una libertad esquilhada o reinventada por nuestros parámetros actuales.

⁴² Thomas Stehling, *Medieval Latin Poems of Love and Friendship*, New York, Garland, 1984, pp. xix-xx.

⁴³ Véanse Thomas Stehling, «To Love a Medieval Boy», en *Journal of Homosexuality*, 8 (1983), pp. 151-170; Helmut Birkhan, «Qu'est-ce qui est préférable de l'hétérosexualité ou de l'homosexualité? Le témoignage d'un poème latin», en *Amour, mariage et transgressions au Moyen Âge*, ed. D. Buschinger y A. Crépin, Göppingen, Kümmerle, 1984, pp. 25-45; Thomas Bein, «Orpheus als Sodomit. Beobachtungen zu einer mhd. Sangspruch strophe mit (literar)historischen Exkursen zur Homosexualität im hohen Mittelalter», en *Zeitschrift für deutsche Philologie*, 109 (1990), pp. 33-55; Helmut Brall, «Geschlechtlichkeit, Homosexualität, Freundesliebe. Über mann-männliche Liebe in mittelalter Literatur», en *Forum Homosexualität und Literatur*, 13 (1991), pp. 5-27, y Reinhard Düchting, «'Sonderlicher denn Frauenliebe': Homoerotische Lyrik des lateinischen Mittelalters», en *Homoerotische Lyrik. 6. Kolloquium der Forschungsstelle für europäische Lyrik des Mittelalters*, ed. T. Stemmler, Mannheim, Universität, 1992, pp. 89-101.

Recuérdese, en este sentido, que el papel tan relevante que concediera Boswell a la figura de Aelred de Rievaulx también ha sufrido un proceso de afianzamiento. Esta propuesta ha sido especialmente apuntalada a lo largo de diversos artículos por Brian P. McGuire, culminados en un volumen titulado *Brother and Lover*:

«Aelred insisted on his need for human loves. In doing so, he did not delude himself into thinking that any love could be stable and unchanging. In writing about the attachments that people experience, Aelred tried to be fair in expressing the complexities of human involvements. His response did not consist in some form of mental or spiritual castration, so that the soul of the lover of God was forever freed from any bond with the cumbersome body. Aelred was aware of his own body and the bodies of his fellow monks and considered it his duty to look after them»⁴⁴.

Debemos tener presente que la relativa juventud de las aproximaciones que estamos comentando propicia que tal o cual autor hayan sido materia privilegiada de estudio por parte de un investigador (como sería el caso de las publicaciones sobre Aelred de Rievaulx firmadas por McGuire), razón por la cual, a diferencia del caudal de respuestas recibido por una monografía como la de Boswell, consecuencia de sus objetivos y pretensiones, muchos otros trabajos esperan todavía un proceso de comentario y, quizás, de réplica, como el que a nuestro entender se deriva de la, por otra parte, tan tenaz labor de este especialista de las letras cistercienses de los siglos XI y XII, hacia el que apuntan indirectamente Russell y Karras⁴⁵.

Algo muy parecido podría afirmarse en relación con las letras germánicas, pues la mayoría de estudios han profundizado en la interpretación de los repertorios de unas fuentes que, en buena medida, fueron emplazadas por Brigitte Spreitzer en conexión con la tradición latina medieval⁴⁶. Aunque los

⁴⁴ Brian Patrick McGuire, *Brother and Lover: Aelred of Rievaulx*, New York, Crossroad, 1994, p. 148. Véase también su «Looking Back on Friendship: Medieval Experience and Modern Context», en *Cistercian Studies*, 21 (1986), pp. 123-142.

⁴⁵ Cfr. Kenneth C. Russell, «Aelred, the Gay Abbot of Rievaulx», en *Studia Mystica*, 5 (1982), pp. 51-64, y el artículo citado de Ruth Mazo Karras, «Friendship and Love in the Lives of Two Twelfth-Century English Saints».

⁴⁶ Brigitte Spreitzer, *Die stumme Sünde. Homosexualität im Mittelalter. Mit einem Textanhang*, Göppingen, Kümmerle, 1988.

límites de su estudio abarquen un ámbito geográfico muy amplio, resulta obvio que su monografía acaba subordinada a un fin nada desdeñable: la presentación de un importante caudal de textos, históricos y literarios, en latín y en lengua vernácula, del área alemana, que recoge las investigaciones previas y que avanza sumariamente los resultados de las contribuciones posteriores⁴⁷. Mención aparte merecen los estudios consagrados a Hildegarda de Bingen, que están revisando algunos de los rasgos excepcionales de esta abadesa del siglo XII en relación con el homoerotismo femenino⁴⁸.

Tengamos presente que Hildegarda de Bingen manifiesta un ataque explícito contra las prácticas homoeróticas –y ninguno *a favor*–, motivo por el que se antoja, a la vista de algunos comentarios, que se abusa en exceso de

⁴⁷ Entre las que conviene destacar las firmadas por J. M. Pizarro, «On Nith against Bishops», en *Mediaeval Scandinavia*, 11 (1982), pp. 149-153; Kari Ellen Gade, «Homosexuality and the Rape of Males in Old Norse Law and Literature», en *Scandinavian Studies*, 58 (1986), pp. 124-141; Thomas Bein, «Orpheus als Sodomit. Beobachtungen zu einer mhd. Sangspruch strophe mit (literar)historischen Exkursen zur Homosexualität im hohen Mittelalter», art. cit.; Helmut Brall, «Geschlechtlichkeit, Homosexualität, Freundesliebe. Über mann-männliche Liebe in mittelalter Literatur», art. cit.; Jenny Jochens, «Before the Male Gaze: The Absence of the Female Body in Old Norse», en *Sex in the Middle Ages: A Book of Essays*, ed. J. E. Salisbury, New York, Garland, 1991, pp. 3-29, y «Old Norse Sexuality: Men, Women, and Beasts», en *Handbook of Medieval Sexuality*, ob. cit., pp. 369-400, así como Christine Reinle, «Zur Rechtspraxis gegenüber Homosexuellen. Eine Fallstudie aus dem Regensburg des 15. Jahrhunderts», en *Zeitschrift für Geschichte*, 44 (1996), pp. 307-326, también válidas para el mundo escandinavo.

⁴⁸ Véanse E. Ann Matter, «My Sister, My Spouse: Woman-Identified Women in Medieval Christianity», en *Journal of Feminist Studies in Religion*, 2 (1986), pp. 81-93, y «Discourses of Desire: Sexuality and Christian Women's Visionary Narratives», en *Journal of Homosexuality*, 18 (1989-1990), pp. 119-131; José Enrique Ruiz-Doménech, *Mujeres ante la identidad (siglo XII)*, Barcelona, Universitat Autònoma, 1986; Caroline W. Bynum, *Fragmentation and Redemption: Essays on Gender and the Human Body in Medieval Religion*, New York, Zone Books, 1991; Ulrike Wiethaus, «Sexuality, Gender and the Body in Late Medieval Women's Spirituality: Cases from Germany and the Netherlands», en *Journal of Feminist Studies in Religion*, 7 (1991), pp. 35-52; Bruce W. Holsinger, «The Flesh of the Voice: Embodiment and the Homoerotics of Devotion in the Music of Hildegard of Bingen (1098-1179)», en *Signs*, 19 (1993), pp. 92-125, y Jacqueline Murray, «Twice Marginal and Twice Invisible. Lesbians in the Middle Ages», en *Handbook of Medieval Sexuality*, ob. cit., pp. 191-222.

la pluridimensionalidad (religiosa, literaria, musical...) de sus obras y de sus destinatarias primeras, a la búsqueda de lo que parece un irrefrenable deseo de transformarla no ya sólo en una pieza angular de la tradición mediolatina de escritura femenina religiosa –sin duda imprescindible a estas alturas–, sino en promulgadora de un paradigma sexual imposible. A mi entender, por más que sus percepciones diferenciadoras de la condición de la mujer, por ejemplo en sus trabajos médicos, revele una sensibilidad y un (auto-re)conocimiento que escapa a la tendencia mayoritaria de los textos compuestos por hombres durante aquellos siglos, dista mucho de reflejar una invitación o incitación al goce entre personas del mismo sexo⁴⁹.

De muy diferente calado son las aportaciones de Helmut Puff y, sobre todo, de Bernd-Ulrich Hergemöller, quien desde una perspectiva teológica e historiográfica ha logrado construir una de las aportaciones europeas más originales a un tipo de estudios *dominado* casi por completo por los investigadores norteamericanos, como demuestra su lectura de los textos legislativos alemanes e italianos⁵⁰. Aunque sus aproximaciones no inciden monográficamente en las letras germánicas medievales, merece la pena recordar que todos los testimonios conservados en lengua alemana, se caracterizan por un ataque a las prácticas homoeróticas, fruto de su contenido didáctico, ya sea a través de la literatura cortesana –las adaptaciones de las piezas narrativas de origen francés (*Tristan und Isold*, entre otras)–, como en sus modalida-

⁴⁹ Cfr. Elizabeth Castelli, «Virginity and its Meaning for Women's Sexuality in Early Christianity», en *Journal of Feminist Studies in Religion*, 2 (1986), pp. 61-88; Monica H. Green, «Women's Medical Practice and Health Care in Medieval Europe», en *Signs*, 14 (1989), pp. 434-473, y Ulrike Wiethaus, «In Search of Medieval Women's Friendships. Hildegard of Bingen's Letters to Her Female Contemporaries», en *Maps of Flesh and Light: The Religious Experience of Medieval Women Mystics*, ed. U. Wiethaus, New York, University Press, 1993.

⁵⁰ Helmut Puff (ed.), *Lust, Angst und Provokation. Homosexualität in der Gesellschaft*, Göttingen, Sammlung Vandenhoeck, 1993; Bernd-Ulrich Hergemöller, «Sodomiter. Erscheinungsformen und Kausal faktoren des spätmittelalterlichen Kampfes gegen Homosexuelle», art. cit., «*Accusatio* und *denunciatio* im Rahmen der spätmittelalterlichen Homosexuellenverfolgung in Venedig und Florenz», en *Denunziation. Historische, juristische und psychologische Aspekte*, ed. G. Jerouschek, Tübingen, Niemeyer, 1997, pp. 64-79, y *Sodom und Gomorrha. Zur Alltagswirklichkeit und Verfolgung Homosexueller im Mittelalter*, ob. cit.

des religioso-doctrinales o la que se deriva de algunos relatos cómicos en verso del estilo del anónimo *Moriz von Craun*, a través del mordaz retrato del emperador romano Nerón. Las diferencias con el texto poético hallado en el fragmento de Maastricht, de contenido amoroso, revelarían una vez más las tensiones y los solapamientos característicos de la cultura del siglo XIII.

Sorprendentemente, los estudios consagrados al estudio de nuestro tema en las letras italianas medievales se han sentido muy poco atraídos por analizar la fecunda tradición homoerótica de las tradiciones líricas, que goza de un renovado vigor en el siglo XV y que se proyecta con intensidad en la siguiente centuria—como mostrarían la poesía amorosa de Miguel Ángel o la práctica artística de otros creadores plásticos del Cuatrocientos y del Quinientos—, ni tampoco a recuperar la estela narrativa boccacciana que, aunque de manera ambigua y jocosa, retrata unos comportamientos sociales bien documentados⁵¹. Este hecho llama poderosamente la atención, teniendo en cuenta que los archivos de algunas ciudades italianas, en especial Florencia y Venecia, han brindado abundantes frutos en la investigación sobre la legislación y la extensión del *pecado sodomítico*, cuyo alcance fuera puesto especialmente de relieve por Ruggiero y por Brown, entre otros⁵².

En esta misma esfera, Michael Rocke ha ensanchado nuestras perspectivas al incidir en las dinámicas socio-culturales que propiciaron, además de la creación de un servicio florentino de vigilancia dedicado en exclusiva a la

⁵¹ Véanse los trabajos de James M. Saslow, *Ganymede in the Renaissance: Homosexuality in Art and Society*, New Haven, Yale University Press, 1986, y «Homosexuality in the Renaissance: Behaviour, Identity, and Artistic Expression», en *Hidden from History: Reclaiming the Gay and Lesbian Past*, ed. M. Duberman, M. Vicinus y G. Chauncey, New York, Meridian, 1990, pp. 90-105 y 503-506; Carmelo Vera Saura, «Cecco Angiolieri: antiantismo y homofilia», en *Il duecento. Actas del IV Congreso Nacional de Italianistas*, Santiago de Compostela, Universidade, 1989, pp. 597-610; Christopher Kleinhenz, «Texts, Naked and Thinly Veiled: Erotic Elements in Medieval Italian Literature», en *Sex in the Middle Ages: A Book of Essays*, ob. cit., pp. 83-109, y de Alan K. Smith, «Fraudomy: Reading Sexuality and Politics in Burchiello», en *Queering the Renaissance*, ob. cit., pp. 84-106.

⁵² Guido Ruggiero, *Boundaries of Eros: Sex, Crime, and Sexuality in Renaissance Venice*, ob. cit., y Judith C. Brown, *Inmodest Acts. The Life of a Lesbian Nun in Renaissance Italy*, New York, Oxford University Press, 1986.

persecución de las prácticas homosexuales, un tejido organizativo (definido por la edad, la residencia o los grupos sociales que en él participaban) que contribuye a que la homosexualidad se convierta en un aspecto de incuestionable relieve político, como revela la intervención de Girolamo Savonarola, entre 1494 y 1495, en plena época de los Medici⁵³. De acuerdo con Canosa, la importancia de este predicador merece un puesto más notable que el que usualmente se le asigna, como consecuencia de su prestigio e influencia sociales⁵⁴. Además, a través de sus arengas, estamos escuchando un discurso que, aunque amparado en el mismo pensamiento teológico de la escolástica de los siglos precedentes, representa un nivel menos sofisticado, en la medida en que respondía a un auditorio real, al que debía convencer de los peligros morales del vicio nefando⁵⁵.

Si descartamos, entonces, los testimonios aludidos —en sus presencias y carencias—, cabe preguntarse entonces cuáles han sido los intereses de la crítica a propósito del homoerotismo en la cultura de los territorios italianos del Medioevo. La respuesta obtiene una inmediata respuesta: Dante Alighieri y su *Commedia*. Dos razones justifican esta predilección: en primer lugar la trascendencia filosófica—literaria de la colosal arquitectura construida por el florentino, a principios del siglo XIV, para responder a la convulsa realidad política que estaba sufriendo. Pero, en segundo lugar, si se recuerda que Dante instala en el séptimo círculo del *Inferno*, aquél en donde penan los violentos, a los sodomitas (cantos XV y XVI, pero también en el *Purgatorio*) y se advierte que allí entabla un diálogo casi íntimo con uno de sus maestros, Brunetto Latini, la polémica en torno a sus significados e intenciones parece casi imprescindible. Los versos puestos en boca de uno de los enciclopedistas más ilustres y difundidos por toda Europa en la segunda mitad del siglo XIII representan una muestra muy eficaz en su ambigüedad de las justificaciones de la condena sufrida. La actitud de Dante como personaje —que

⁵³ Michael Rocke, *Forbidden Friendships. Homosexuality and Male Culture in Renaissance Florence*, New York, Oxford University Press, 1996.

⁵⁴ Romano Canosa, *Storia di una grande paura. La sodomia a Firenze e a Venezia nel Quattrocento*, ob. cit.

⁵⁵ Cfr. Giovanni Dall'Orto, «Socratic Love as a Disguise for Same-Sex Love in the Italian Renaissance», en *The Pursuit of Sodomy: Male Homosexuality in Renaissance and Enlightenment*, ob. cit., pp. 33-65.

no como autor, claro está— también podría medirse por su calculado distanciamiento, muy diferente a sus juicios contra la mayoría de personajes históricos que pueblan su construcción infernal.

Ya en 1950, André Pézard publicó una voluminosa monografía consagrada a analizar el sentido de este episodio en relación con el resto de la *Commedia* y de la obra en prosa de Alighieri, gracias a la cual comprobamos que se trata de un encuentro que ha propiciado debates desde la difusión primera de la obra: unos piensan que, aunque ninguna fuente anterior aluda a los gustos sexuales de Latini, la gravedad de la acusación de Dante sólo podía obedecer a un conocimiento directo; otros proponen, en cambio, que Brunetto no sería un sodomita y que fue emplazado en el infierno como venganza por su orgullo o por su partido político; un tercer grupo cree que la condena obedece a una pura necesidad artística que no afectaría a Latini en tanto que personalidad histórica⁵⁶. Pézard apostaba por una lectura casi *integrista*, pues considera que el discurso de Brunetto Latini constituiría una introducción proyectada por Dante para justificar el rumbo de su propia trayectoria vital e intelectual a través de un carácter muy próximo que le serviría como canal para redimir sus pecados espirituales.

Se trata de una propuesta tan insólita como atractiva, como consecuencia de todos los matices de orden teológico, moral o histórico—político que concilia. De entre los numerosos estudios publicados sobre las dimensiones de la condena al homoerotismo en la obra de Dante Alighieri, destacan las aportaciones de Kay y de Mussetter, en torno a la dimensión pública y política de las condenas vertidas en los dos cantos del *Inferno*, en donde la naturaleza *invertida* de Brunetto se valora en el mismo contexto de las pretensiones apuntadas en el último capítulo de su tratado sobre la *Monarchia*⁵⁷. También merece la pena apuntar el interés de las lecturas de Ahern quien contempla éste y otros episodios de la primera parte de la *Commedia* desde la pers-

⁵⁶ André Pézard, *Dante sous la pluie de feu (Enfer, chant XV)*, Paris, Librairie Philosophique J. Vrin, 1950.

⁵⁷ Richard Kay, «The Sin of Brunetto Latini», en *Mediaeval Studies*, 31 (1969), pp. 262-286; «Dante's Unnatural Lawyer: Francesco d'Accorso in *Inferno XV*», en *Studia Gratiana*, 15 (1972), pp. 149-200, y *Dante's Swift and Strong: Essays in Inferno XV*, Lawrence, Regent's of Kansas, 1978; Sally Mussetter, «*Ritornare a lo suo principio: Dante and the Sin of Brunetto Latini*», en *Philological Quarterly*, 63 (1984), pp. 431-448.

pectiva del nuevo impulso de recepción de las retóricas clásicas y de las gramáticas en el norte de Italia a partir del siglo XII, así como el contexto teológico trazado por Radcliffe-Umstead a propósito del carácter destructivo que Dante otorga a las fuerzas irracionales que emanan del sentimiento amoroso y de la sexualidad⁵⁸. Desde una óptica complementaria, Pequigney aborda este tema al matizar el posible cambio de actitud del autor que mostraría la reubicación del pecado nefando en el *Purgatorio*:

«Theology makes no more provision for a ladylove in such a role than it does for a natural and moral homoeroticism. Dante then would appear to be heterosexually unorthodox, too. (...) Again, when Dante's salvational love does not entail marriage, reproduction, or even consummation but consists of the elicitation of amorous desire to be redirected Godward, why could a man not serve a Beatrice-function for another man in love with him? Dante may have come to realize as much in the course of thinking through his poem, since the revised conception of homoeroticism in the love ethic of mid *Purgatorio* opens space for such an alternative»⁵⁹.

De aceptar, por consiguiente, la tendencia mayoritaria de la crítica en torno a los episodios citados de la *Commedia*, cabría confirmar que en ningún texto del Medioevo occidental como en éste la condena más feroz contra las prácticas homoeróticas ha sido interpretada más como una metáfora política o un símbolo de orden teológico que por la realidad histórica inmediata que retrata y por la actitud de repulsa que ha activado durante siglos, puesto que ninguna obra medieval de la importancia de ésta, encumbrada por el canon de la literatura occidental, ofrece un ataque de estas características⁶⁰. Sorprende menos que los esfuerzos de los estudios recientes tiendan más a reivindicar una homosexualidad factible de Brunetto Latini (siguiendo las pro-

⁵⁸ Cfr. John Ahern, «Dante's Slyness: The Unnamed Sin of the Eighth Bolgia», en *Romanic Review*, 73 (1982), pp. 275-291, y «*Nudi Grammantes: The Grammar and Rhetoric of Deviation in Inferno XV*», en *Romanic Review*, 82 (1990), pp. 466-486; Douglas Radcliff-Umstead, «Erotic Sin in the *Divine Comedy*», en *Human Sexuality in the Middle Ages and Renaissance*, ed. D. Radcliff-Umstead, Pittsburgh, University Press, 1978, pp. 41-96.

⁵⁹ Joseph Pequigney, «Sodomy in Dante's *Inferno* and *Purgatorio*», en *Representations*, 36 (1991), p. 39.

⁶⁰ Cfr. Jeremy Tambling, «*Nostrò peccato fu ermafrodito: Dante and the Moderns*», en *Exemplaria*, 6 (1994), pp. 405-427.

puestas de, entre otros, Armour), que a rescatar el trasfondo histórico-político de las ciudades del norte de Italia de fines del siglo XIII y principios del XIV, teniendo en cuenta la documentación que ha venido siendo exhumada, en especial sobre Florencia, tan excepcional por su riqueza⁶¹.

Esta reflexión a propósito del *Inferno* dantesco –nunca mejor empleado un calificativo tan fosilizado– en nada se puede parecer a la que derivaría de una valoración de las contribuciones en torno a las letras inglesas medievales. Y esta constatación procedería, por supuesto, en primer lugar, de una tradición literaria que abarca un período cronológico mucho más amplio y, a continuación, del comprensible interés que un número mayor de medievalistas británicos y norteamericanos ha demostrado ante la posibilidad de aplicar una serie de metodologías tan novedosas como las que ofrecen los estudios de género, la crítica gay y lesbiana o la teoría *queer* en su propio acervo cultural. Aunque, como ya he indicado, han sido las literaturas francesa, inglesa y estadounidense de los siglos XIX y XX las receptoras privilegiadas de este cuerpo analítico, no cabe duda de que la panorámica se irá ampliando y afianzando durante los próximos años en beneficio también de los textos medievales. Recuérdese, por lo demás, que algunos textos escritos en latín, ya citados a lo largo de estas páginas, deben encuadrarse en el contexto de la letras británicas, como los penitenciales de Teodoro de Tarso, los versos homoeróticos de Hilario Anglico, los tratados de Aelfred de Rievaulx o de Alano de Lille. Sin embargo, los resultados sobre la literatura vernácula de esa época no han podido alcanzar una vertebración notable, quizás como consecuencia de la dificultad de discernir sobre la naturaleza íntima del hermanamiento de personajes heroicos, tan propio de las tradiciones épicas. Ante ellos cabe apuntar, sin embargo, que se ha empezado a extender el uso del concepto de «homosociabilidad», acuñado por Eve Kosofsky Sedgwick para analizar algunos comportamientos masculinos en la cultura finisecular europea⁶².

⁶¹ Cfr. Peter Armour, «Dante's Brunetto: the Paternal Paterine?», en *Italian Studies*, 38 (1983), pp. 1-38, y «The Love of Two Florentines: Brunetto Latini and Bondie Dietaiuti», en *Lectura Dantis. A Forum for Dante Research and Interpretation*, 9 (1991), pp. 11-33; Winfried Schleiner, «'That Matter Which Ought Not To Be Heard Of': Homophobic Slurs in Renaissance Cultural Politics», en *Journal of Homosexuality*, 26 (1994), pp. 41-75.

⁶² Véanse, por ejemplo, sus monografías tituladas *Between Men: English Literature and Male Homosexual Desire*, New York, Columbia University Press, 1985, y *Epistemology of the Closet*, Berkeley: University of California Press, 1990.

Tal vez convenga reiterar que desde esta perspectiva, por ejemplo, puede entenderse también la investigación de Frantzen en torno a la materia de los penitenciales, la hagiografía anglo-sajona y sus lecturas de *Beowulf*. Sin embargo, a pesar de los intentos de algunos investigadores, quienes comparan la relación entre Aquiles y Patroclo en los textos homéricos con la expresada durante la trágica despedida de Beowulf del anciano rey Hrothgar, parece que todavía no nos hallamos ante una inverosímil relación homoerótica⁶³. De acuerdo con las conclusiones de su pormenorizada argumentación:

«Beowulf matters more to Hrothgar than the old man expected. Who has not been surprised, at a death or a farewell, to be experiencing greater grief than was expected? (...) I think that Hrothgar's secret longing for Beowulf might have more to do with Hrothgar himself than with the young man. As he says farewell to the hero, Hrothgar is forced to realize that he long ago bade farewell to the young hero within. It is not just Beowulf's departure that grieves him (we must remember that he long ago said goodbye to Beowulf's father) but the passing of his younger and more valorous –may I say more manly?– self»⁶⁴.

Ésta sería la interpretación más coherente y, a mi entender, más acertada de las letras anglo-sajonas, que albergan una cristianización del legado anterior, como ya se aprecia en otros textos vernáculos de la órbita religiosa, y con la única excepción de los textos poéticos en latín comentados por Boswell y Stehling. Curiosamente, por tanto, a pesar de los esfuerzos acometidos, sólo se han podido obtener resultados de una cierta envergadura a través del análisis de la traducción de textos latinos o de la difusión de las letras francesas en las islas, como consecuencia de los estrechos vínculos políticos que unen la Bretaña continental con la insular, así como a través de los testimonios literarios de los siglos XIV y XV. En este panorama destacan los *Canterbury Tales* de Geoffrey Chaucer, no sólo por su estatura propia sino por los asedios de que han sido objeto.

Si en una primera fase la mirada de los estudios de género recayeron en aquellos relatos protagonizados o narrados desde una perspectiva femenina,

⁶³ Sería el caso de David Halperin, *One Hundred Years of Homosexuality and Other Essays on Greek Love*, New York, Routledge, 1990.

⁶⁴ Allen J. Frantzen, *Before the Closet: Same-Sex Love from «Beowulf» to «Angels in America»*, ob. cit., pp. 97-98.

como sería el de la mujer de Bath, tan divertido como repleto de sugerencias para comprender las miradas del autor y de una cierta clase de personalidades que podían encaminarse en peregrinación hacia la catedral de Canterbury (en definitiva, el pretexto que vincula estas historias); con posterioridad, se ha incidido más en la interrelación de unos personajes y otros, acentuando las diversas tipologías que construirían ese friso social desde una óptica múltiple. A los efectos que me interesan, resultan elocuentes dos monografías de Carolyn Dinshaw, donde recoge la teoría de los géneros y los estudios *queer* para iluminar el espacio abierto en donde se mueven estos cuentos: según sus propuestas los textos de este autor (además de los *Canterbury Tales*, conviene apuntar que Chaucer compuso el *Book of the Duchess* y *Troilus and Criseyde*) mostrarían cómo el uso de diversas formas narrativas –del sermón a la elegía– estaría vertebrando una función social regulatoria, que lograría representar y reproducir un *sujeto heterosexual* modélico enfrentado a sus desviaciones⁶⁵.

Por este motivo, el personaje protagonista que mayores atenciones ha conciliado ha sido el de «Pardoner», ya que desde el pórtico general que abre el volumen en forma de prólogo se caracterizaría a este vendedor de falsas reliquias y de bulas de indulgencia como un tipo afeminado por sus gestos y su voz, y se le atribuye una llamativa camaradería con otro de los peregrinos (el «Summoner») que, a partir del desciframiento del lenguaje coloquial metafórico, podría valorarse como una relación de índole sexual. Según uno de los primeros análisis sobre el tema:

«Any physical acts in which the Pardoner expressed his homosexuality would be viewed by the medieval church as sinful, and Chaucer does not challenge the belief that such sins are uniquely abhorrent, poisoning the whole character and extirpating all good and all potential for good. The Pardoner's elaborate way of relating to church and community through his relics and pardons reveals such hopeful signs as a latent belief of his own essential worthiness, a desire to be restored to God's grace, a desire to be socially useful, and a desire to give and receive love. The Pardoner's defenses, even against the best in himself, are so well entrenched, however, that the possibility of a transformation seems remote»⁶⁶.

⁶⁵ Además de *Getting Medieval. Sexualities and Communities, Pre- and Postmodern*, ob. cit., véase *Chaucer's Sexual Poetics*, Madison, University of Wisconsin Press, 1989.

⁶⁶ Monica E. McAlpine, «The Pardoner's Homosexuality and How It Matters», en *Publications of the Modern Language Association*, 95 (1980), p. 18.

Las ambigüedades en torno a este personaje avisan sobre la inesperada contención y el despliegue de referentes lanzados por Chaucer para trazar una semblanza que, de aceptar el significado homoerótico, concentraría una mirada jocosa y venenosa de su obra incompleta, puesto que en tres de sus relatos podría apreciarse un ataque, refinado e implícito, a las prácticas homosexuales: el prólogo y el cuento del «Miller», parodia del narrado por el caballero, adquirirían nueva dimensión de la mano de los prefacios y relatos respectivos de «Summoner» y de «Parson», contruidos como caricaturas de la sodomía entre la nobleza y el clero. A partir de aquí la exégesis en torno a nuestra investigación y a sus derivaciones «homofílicas» y «homofóbicas» ha ido creciendo ininterrumpidamente⁶⁷.

Pero además de la obra de Chaucer, otros textos ingleses de los siglos XIV y XV están sufriendo –o gozando– un proceso de revisión sobre el que actúan las disciplinas más recientes en torno a la sexualidad. La fortuna habría recaído en *Sir Gawain and the Green Knight*, o, con mayor profundidad, en un poema conservado en el mismo manuscrito anónimo titulado

⁶⁷ Como confirman los análisis de Elaine Hansen, *Chaucer and the Fictions of Gender*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1992; Susan Schibanoff, «Chaucer's Lesbian: Drawing Blanks?», en *Medieval Feminist Newsletter*, 13 (1992), pp. 11-14; Glenn Burger, «Kissing the Pardoner», en *Publications of the Modern Language Association*, 107 (1992), pp. 1143-1156, «Erotic Discipline... or tee hee, I like my boys to be girls: Inventing with the Body in Chaucer's *Miller's Tale*», en *Becoming Male in the Middle Ages*, ed. J. J. Cohen y B. Wheeler, New York, Garland, 1997, pp. 245-260, «Doing What Comes Naturally: The *Physician's Tale* and the Pardoner», en *Masculinities in Chaucer. Approaches to Maleness in the «Canterbury Tales» and «Troilus and Criseyde»*, ed. P. G. Beidler, Cambridge, D. S. Brewer, 1998, pp. 117-130; Steven F. Kruger, «Claiming the Pardoner: Toward a Gay Reading of Chaucer's Pardoner», en *Exemplaria*, 6 (1994), pp. 115-139; Catherine S. Cox, «*Grope mel bihynde*: The Subversive Erotics of Chaucer's Summoner», en *Exemplaria*, 7 (1995), pp. 145-177; Carolyn Dinshaw, «Chaucer's Queer Touches - A Queer Touches Chaucer», en *Exemplaria*, 7 (1995), pp. 77-92; Robert S. Sturges, «The Pardoner, Veiled and Unveiled», en *Becoming Male in the Middle Ages*, ob. cit., 1997, pp. 261-277; Jean J. Jost, «Ambiguous Brotherhood in the *Friar's Tale* and *Summoner's Tale*», en *Masculinities in Chaucer. Approaches to Maleness in the Canterbury Tales and Troilus and Criseyde*, ob. cit., pp. 77-90, y Karma Lochrie, *Covert Operations. The Medieval Uses of Secrecy*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1999, anticipados en parte por Dolores Warwick Frese, «The Homoerotic Underside in Chaucer's *Miller's Tale* and *Reeve's Tale*», en *Michigan Academician*, 10 (1977), pp. 143-150, entre otros.

*Cleanness*⁶⁸. Esta última obra, en torno a las virtudes morales de la pureza, ha sido objeto, tras diversas aportaciones⁶⁹, de una reciente monografía que encuadra el sentido de su redacción y su significación profunda en el marco europeo de las dos centurias anteriores, en especial a través de un análisis comparativo de su ortodoxia con la retórica de Alano de Lille y con el pensamiento escolástico de Tomás de Aquino. *Courtly Desire and Medieval Homophobia*, de Elizabeth B. Keiser, constituye una aproximación atenta que confirma un uso muy original de las últimas corrientes metodológicas con la revisión de las fuentes religiosas y literarias (como el *Roman de la Rose*) que acrisolara el autor de este texto para otorgar un nuevo vigor al ordenamiento sexual cristiano. A pesar de que el puesto de *Cleanness* en la historia de las letras inglesas del siglo XIV no parece de primer rango, los resultados de este volumen invitan a una reflexión sobre el papel desempeñado por la Iglesia en la educación de un grupo poderoso que intentó impulsar una renovada ética sexual:

«By its preoccupation with the oppositional meanings of same-sex versus heterosexual pleasure, *Cleanness* illuminates the construction of social identities based on a dichotomizing classification of sexual desire in terms of preferring genital activity with partners of the same or opposite sex. The poem's logic, and its linkage of homophobic wrath and paradisaical heterosexual pleasure, anticipate the dynamic interaction that modern feminist theory and queer theory trace between compulsory heterosexuality and the continuation of oppressive features of male-dominant culture. While differentiating the poem's analysis of the role of sex in culture from other models in the Middle Ages and as well from modern models, I see in *Cleanness* a discourse of desire that illuminates the way contemporary Western consciousness continues to dichotomize sexual differences. Same-sex eroticism is still condemned as a perverse

⁶⁸ Véanse Carolyn Dinshaw, «A Kiss is just a Kiss: Heterosexuality and its Consolations in *Sir Gawain and the Green Knight*», en *Diacritics*, 24 (1994), pp. 205-226, y Peter C. Braeger, «The Portrayal of Lot in the Middle English *Cleanness*», en *Mediaevalia*, 11 (1985), pp. 83-100.

⁶⁹ Entre las que destacan Michael W. Twomey, «*Cleanness*, Peter Comestor, and the *Revelationes sancti Methodii*», en *Mediaevalia*, 11 (1985), pp. 203-217; Allen J. Frantzen, «The Disclosure of Sodomy in *Cleanness*», en *Publications of the Modern Language Association*, 111 (1996), pp. 451-464, y Garrett P. J. Epp, «The Vicious Guise: Effeminacy, Sodomy, and *Mankind*», en *Becoming Male in the Middle Ages*, ob. cit., pp. 303-320.

seeking for something better than the natural goodness and heterosexual pleasure, just as God in *Cleanness* denounces the inventiveness of the Sodomite men as a slut on his artistry»⁷⁰.

La cita brinda una nueva prueba de la dinámica que se ha venido desarrollando durante la década de los noventa entre los estudios medievales y las escuelas interpretativas más avezadas en la valoración de la sexualidad como un elemento primordial para esclarecer las interrelaciones entre el poder religioso-político y la sociedad. No cabe duda de que se trata de un diálogo con matices de muy diverso calado; en cualquier caso, parece que se está constituyendo como uno de los pilares más sólidos de cuantos se vienen afianzando a la vista de sus mejores logros. Sin duda, también ha incidido en las letras de los reinos franceses y ha revisado los núcleos que gozaron de una mayor difusión en el resto de la Edad Media occidental.

La lírica de los trovadores provenzales ha brindado uno de los textos más comentados en torno al homoerotismo femenino medieval. La canción amorosa de Bieiris de Romans dirigida a «Na Maria, pretz e fina valors», sin embargo, ofrece a mi entender numerosas dudas que dificultan una interpretación cabal de todas sus significaciones: no se trata de negar su autoría, ni de emitir juicios rocambolescos, sino, mucho más llanamente, de comprender las dinámicas histórico-culturales que definen el *corpus* poético en lengua de oc y su transmisión a través de unos cancioneros que en este caso concreto propician sospechas nada desdeñables. En todo caso, de aceptar el *lesbianismo* de esta *trobairitz* nos encontraríamos con el único testimonio en lengua románica de todo el Medioevo en donde se expresaría en primera persona el deseo amoroso entre dos mujeres:

«Since the troubadour typically speaks to the *domna*, it is clear that the inversion of this configuration in the poems of the *trobairitz* may be regarded as a marginal phenomenon; that the masculine element should be eliminated, however, so that the lyrical dialogue takes place exclusively between one woman and another, is an extraordinary rarity. (...) But only Bieiris turns directly to another woman with a *canço*, the typical genre for

⁷⁰ Elizabeth B. Keiser, *Courtly Desire and Medieval Homophobia, The Legitimation of Sexual Pleasure in «Cleanness» and its Contexts*, New Haven, Yale University Press, 1997, pp. 3-4.

a love-poem. While the structure of the text and manuscript tradition do not allow for any certainty, the way is open to speculation that the modern reader is witness here to a medieval lesbian relationship»⁷¹.

Vale la pena añadir que la singularidad de esta canción amorosa también obedecería a que la tradición literaria en donde se gesta apenas alberga imágenes explícitas del homoerotismo masculino y que cuando éstas hacen acto de presencia suelen emplazarse en la retórica propia del *sirventés*, género consagrado a canalizar los registros satíricos y la invectiva más despiadada. Otro tipo de aproximaciones están empezando a reconsiderar los límites a partir de una descodificación de ciertos términos clave de aquella lírica, aunque por el momento sus frutos se limitan a reemplazar algunas piezas⁷². No se olvide, en todo caso, que nos enfrentamos a un repertorio de textos de inusual importancia en el desarrollo de la lírica europea y que toda iluminación sobre sus procesos creativos afecta, a través de un proceso de resonancia al resto de testimonios poéticos del Medioevo occidental. Tal vez convenga subrayar que la literatura provenzal también acoge otros géneros literarios, como las piezas hagiográficas, que empiezan a desvelar nuevas significaciones de la mano de los estudios de género⁷³.

Precisamente, a través de los estudios de género se ha incidido de modo notable sobre nuestro tema de estudio en el ámbito cultural en lengua francesa. Así lo demuestran, por ejemplo, los estudios de Simon Gaunt, en parte recogidos en su monografía de 1995 (en donde, por cierto, también aborda

⁷¹ Angelica Rieger, «Was Bieiris de Romans Lesbian? Women's Relations with Each Other in the World of the Troubadours», en *The Voice of the Trobairitz. Perspectives on the Women Troubadours*, ed. W. D. Paden, Philadelphia, University Press, 1989, p. 73. Véase también Pierre Bec, «Un poème homosexuel? Bieiris de Romans», en *Burlesque et obscénité chez les troubadours*, Paris, Stock, 1984, pp. 197-200.

⁷² Por ejemplo Robert Lafont, «*Ar resplan la flors enversa*: La fleur du gay savoir», en *Revue des Langues Romanes*, 94 (1992), pp. 105-117, y Rosanna Brusegan, «Le secret de la *Flors enversa*», en *Revue des Langues Romanes*, 96 (1992), pp. 119-144.

⁷³ Cfr. Simon Gaunt, «*Si les anges avaient un sexe... L'hagiographie occitane et son rapport avec la poésie des troubadours*», en *Contacts de langues, de civilisations et intertextualité. Actes du III^e Congrès International de l'Association Internationale d'Etudes Occitanes*, ed. G. Gouiran, Montpellier, Université, 1992, vol. III, pp. 895-906, y «Straight minds / queer wishes in Old French Hagiography. *La vie de Sainte Euphrosine*», en *GLQ. A Journal of Lesbian and Gay Studies*, 1 (1995), pp. 439-457.

la lírica provenzal)⁷⁴. A partir de un atento análisis de algunas canciones de gesta, novelas en verso y en prosa, textos hagiográficos y de *fabliaux*, este investigador británico establece una ambiciosa lectura que integra las diferencias entre los rasgos derivados de la construcción retórica propia de cada género (*genre*) literario, de sus singularidades y comuniones, y las demarcaciones que cada uno de ellos definiría en materia de género (*gender*) sexual, con el objetivo de destacar los mecanismos mediante los cuales la literatura respondió a unas cuestiones que en nada obedecen a las perspectivas apriorísticas de algunos acechos contemporáneos. Para acometer tal empresa, Gaunt se vale de un sincretismo metodológico que manifiesta explícitamente sus deudas con corrientes teóricas marxistas, estructuralistas, post-estructuralistas, antropológicas, feministas y homosexuales. A la vista de sus resultados, parece que tal combinación, a primera vista hartamente compleja, le ha facilitado acceder a algunos géneros medievales desde dentro mismo de sus diversas retóricas compositivas con el propósito de aclarar de qué manera se trasvasan unas piezas mayoritariamente escritas por hombres entre un público también femenino y a través de los cuales se imponía un determinado modelo de conducta sexual. Según las valoraciones finales,

«The use of gender to create a dialectic between genres points to a close relationship between genre, ideology and gender. A distinct ideology underscores each of the Old French and Occitan genres examined in this book and in each of these ideologies gender emerges as a crucial element. (...) Each model competes with other models as a means of mediating medieval culture's sex / gender system and each, of course, has to negotiate its relation to femininity, which like masculinity is constructed differently in different genres. (...) Tensions such as these are not purely textual, but reflect and mediate tensions in the real world»⁷⁵.

Aunque, como puede deducirse a partir de esta constatación, el objetivo de la monografía de Gaunt no es el de iluminar directamente nuestro tema, este investigador analiza algunas de sus representaciones en la cultura francesa

⁷⁴ Simon Gaunt, «The Significance of Silence», en *Paragraph*, 13 (1990), pp. 202-216, «From Epic to Romance: Gender and Sexuality in the *Roman d'Éneas*», en *Romanic Review*, 83 (1992), pp. 1-27, y *Gender and Genre in Medieval French Literature*, Cambridge, University Press, 1995.

⁷⁵ *Gender and Genre in Medieval French Literature*, ob. cit., p. 287.

medieval, como por ejemplo las dimensiones que del homoerotismo se ofrecen en el *Roman d'Eneas* y en *Floire et Blanchefleur*, en la medida en que ilustran las tensiones nucleares de ambos textos. Algo parecido podría afirmarse de la monografía de John W. Baldwin, titulada *The Language of Sex*, en donde se comentan, entre otras, piezas de María de Francia, Chrétien de Troyes, Jean Renart, Milles d'Amiens y textos de la materia tristaniana⁷⁶. A través de ellos, Baldwin aborda los conflictos en materia sexual que, a su entender, estarían sacudiendo la sociedad y la literatura cortesanas de los siglos XII y XIII, entre los que el homoerotismo adquiriría un papel de enorme interés, pues la homofobia que se derivaría de todos ellos estaría avanzando el camino que sería trazado, con posterioridad, por la teología escolástica. Baldwin traza un recorrido por las diversas representaciones de los «discursos eróticos» predominantes y analiza la gama de expresiones de un deseo sexual profundamente influido por la ortodoxia cristiana. Según su argumentación, estas piezas no sólo reflejarían un sentimiento de homofobia inequívoca que ataca y castiga, sino que constituirían una bisagra, apenas valorada hasta la fecha, entre los tratados de Pedro Damiano y los cánones conciliares.

Resulta imprescindible recuperar aquellos estudios que han abordado —o incluso descubierto— la estrategia discursiva de su emplazamiento, anteriores a las dos contribuciones mayores señaladas. A la espera de una monografía para el Medioevo francés, como la que dedicó Guy Poirier al imaginario del Renacimiento, debemos remitir a los trabajos pioneros de Georges Duby (recogidos en forma de volumen en 1988) y de Gerald Herman, que obtienen su mejor desarrollo en los artículos de Marchello-Nizia, Perret, Lepage o Harley⁷⁷. Sin

⁷⁶ John W. Baldwin, *The Language of Sex: Five Voices from Northern France around 1200*, Chicago, University Press, 1994.

⁷⁷ Cfr. Guy Poirier, *L'homosexualité dans l'imaginaire de la Renaissance*, Paris, Honoré Champion, 1996; Georges Duby, *Male Moyen Âge*, Paris, Flammarion, 1988; Gerald Herman, «The Sin Against Nature and its Echoes in Medieval French Literature», en *Annuaire Mediaevale*, 17 (1976), pp. 70-87; Christiane Marchello-Nizia, «Amour courtois, société masculine et figures de pouvoir», en *Annales E.S.C.*, 36 (1981), pp. 969-982; Christiane Marchello-Nizia y Michèle Perret, «Une utopie homosexuelle au quatorzième siècle: l'Île sans femmes d'Agriano», en *Stanford French Review*, 14 (1990), pp. 231-241; Yvan G. Lepage, «François Villon et l'homosexualité», en *Le Moyen Âge*, 92 (1986), pp. 69-89, y Marta Powell Harley, «Narcissus, Hermaphroditus, and Attis: Ovidian Lovers at the Fontaine d'Amors in Guillaume de Lorris's *Roman de la rose*», en *Publications of the Modern Language Association*, 101 (1986), pp. 324-337.

ellos no podrían entenderse las renovadoras propuestas de Gaunt, ya citadas, ni las aproximaciones posteriores⁷⁸. De esta manera se explica que una de las temáticas que está brindando mayores frutos sea las representaciones literarias del disfraz transgresor, de indudable atractivo:

«Dans la littérature narrative des XIII^e et XIV^e siècles, si riche par ailleurs en incestes, adultères et transgressions de toutes sortes, il est un interdit dont la trouble fascination n'apparaît que dans la manière dont il est suggéré et les jeux qu'il propose à l'imagination: l'homosexualité. (...) En revanche, les textes littéraires abordent volontiers cet aspect de la sexualité par le biais du travestissement: les textes où un homme se déguise en femme, ou bien une femme en homme ne sont pas rares, et permettent des situations ambiguës, où l'homosexualité, au second degré, est toujours suggérée»⁷⁹.

Esta «revanche» de un modelo de transgresión a través del «travestissement» literario podría constituir una buena metáfora de muchos de los textos a los que vengo aludiendo, así como también de los intereses que ha mostrado parte de la crítica durante los últimos quince años. El deseo homoerótico a través de muy diversas plasmaciones, por consiguiente, empieza a adquirir un estatuto indispensable para percibir todas las formulaciones del sentimiento amoroso en el Medioevo.

Tras una panorámica como la presente, conviene apuntar la acogida que este tipo de estudios ha gozado entre los investigadores del Medioevo ibéri-

⁷⁸ Entre ellas deben citarse las siguientes: Reginald Hyatte, «Recoding Ideal Male Friendship as *fine amor* in the *Prose Lancelot*», en *Neophilologus*, 75 (1991), pp. 505-518; William Burgwinkle, «Knighting the Classical Hero: Homo/Hetero Affectivity in *Eneas*», en *Exemplaria*, 5 (1993), pp. 1-43; Brian J. Levy, «Le dernier tabou? Les fabliaux et la perversion sexuelle», en *Sexuelle Perversionen im Mittelalter*, ob. cit., pp. 107-124; Susan Crane, «Clothing and Gender Definition: Joan of Arc», en *Journal of Medieval and Early Modern Studies*, 26 (1996), pp. 297-320; Valerie R. Hotchkiss, «Cross Dressing and Sexuality», en *Clothes Make the Man. Female Cross Dressing in Medieval Europe*, New York, Garland, 1996, pp. 105-124 y 171-175; Ad Putter, «Arthurian Literature and the Rhetoric of *Effeminacy*», en *Arthurian Romance and Gender. Selected Proceedings of the XVIIth International Arthurian Congress*, ed. F. Wolfzettel, Amsterdam, Rodopi, 1995, pp. 34-49, y «Transvestite Knights in Medieval Life and Literature», en *Becoming Male in the Middle Ages*, ob. cit., pp. 279-302.

⁷⁹ Michèle Perret, «Travesties et transsexuelles: Yde, Silence, Grisandole, Blanchandine», en *Romance Notes*, 25 (1985), p. 328.

co cristiano. Por lo que respecta a España, la verdad es que debe constatarse que la respuesta a estos estímulos ha sido relativamente escasa, como consecuencia del notorio retraso comparativo que ha caracterizado la formación y consolidación de grupos interesados en este ámbito, en parte justificable por los rumbos (y tumbos) de nuestra historia reciente y por las exigencias sociales a las que han debido ir respondiendo. Sin lugar a dudas, los estudios feministas se han ido integrando paulatinamente en el ámbito académico durante las dos últimas décadas, como consecuencia también de la masiva entrada de mujeres docentes, inédita hasta entonces. Las investigaciones de corte feminista, bien a título individual, bien en el marco de proyectos más amplios (a veces asociados a centros universitarios), han florecido sustancialmente y han integrado algunas de las metodologías —sobre todo historiográficas y antropológicas— que renovaron los «estudios sobre la mujer» y los estudios de género.

Porque, por supuesto, no todos aquellos trabajos que se han acogido bajo esta etiqueta han mostrado una voluntad que pueda trascender el mero estudio tradicionalista de un tema que ha aportado elementos tan renovadores en la teoría y en la práctica en otros países. Aunque las publicaciones tituladas «La mujer en...» o «La imagen femenina en...» puedan parecer abundantes son muchas menos las que desde este punto de partida han pretendido profundizar en sus significaciones, aquéllas que diferenciarían este tema de, por ejemplo, el estudio de «la primavera», por señalar sólo un tópico que permite aproximaciones seculares, femeninas y eróticas⁸⁰. Creo que conviene matizar este detalle para no llamar a engaños, pues desde esta perspectiva se apreciará mejor la singularidad de las iniciativas, entre las que conviene citar las aportaciones de Iris M. Zavala —por más que no pocas de las colaboradoras de la *Breve historia feminista de la literatura española* ejerzan la docencia fuera de España—, pues también han abordado seriamente las nociones de género e identidad sexual⁸¹.

A diferencia de los estudios feministas, los resultados de la crítica gay y lesbiana española parecen más tímidos, pues sin dificultad pueden enumerarse

⁸⁰ Cfr. Rafael M. Mérida Jiménez, «La imagen de la mujer en la literatura castellana medieval: hacia un laberinto bibliográfico de mudable fortuna (1986-1996)», en *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, 19 (1998), pp. 403-431.

⁸¹ Iris M. Zavala (coord.), *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana). II. La mujer en la literatura española. Modos de representación desde la Edad Media hasta el siglo XVII*, Barcelona, Anthropos, 1995.

aquellos trabajos que inciden plenamente desde esta senda. No parece éste el mejor lugar para trazar una reflexión en torno a los límites (auto)impuestos, ni a la homofobia real o latente de buena parte de los estamentos académicos, ni al desinterés o menosprecio generalizado hacia estas nuevas corrientes críticas. Parte de ese camino al que aludía ya está siendo trazado en Gran Bretaña y en Norteamérica, como demuestra un volumen de publicación reciente titulado *Queer Iberia*⁸². Los objetivos y resultados de cada una de las aportaciones contenidas en esta antología ofrecen una muestra significativa de las direcciones que se están adoptando en el estudio de la sexualidad medieval (crítica feminista, estudios de género, teoría *queer*...) ⁸³. Por sus páginas desfilan autores y tradiciones de las letras castellanas, catalanas y gallego-portuguesas del Medioevo que revelan inusuales representaciones a las que hasta la fecha apenas se había prestado atención, sin olvidar los singulares vasos comunicantes que deben establecerse entre la cultura cristiana, la arábigo-andaluza y la hispano-hebrea, de enorme relevancia también en este ámbito de investigación⁸⁴.

⁸² *Queer Iberia. Sexualities, Cultures, and Crossings from the Middle Ages to the Renaissance*, ed. J. Blackmore y G. S. Hutcheson, Durham, Duke University Press, 1999.

⁸³ De especial interés para nuestro tema son las contribuciones firmadas por Josiah Blackmore, «The Poets of Sodom» (pp. 195-221); Catherine Brown, «Queer Representation in the *Arçipreste de Talavera*, or *The Maldezir de mugeres* Is a Drag» (pp. 73-103); Daniel Eisenberg, «Juan Ruiz's Heterosexual 'Good Love'» (pp. 250-274); Roberto J. González-Casanovas, «Male Bonding as Cultural Construction in Alfonso X, Ramon Llull, and Juan Manuel: Homosocial Friendship in Medieval Iberia» (pp. 157-192); Gregory S. Hutcheson, «Desperately Seeking Sodom: Queerness in the Chronicles of Alvaro de Luna» (pp. 222-249); Benjamin Liu, «'Affined to love the Moor': Sexual Misalliance and Cultural Mixing in the *Cantigas d'escarnho e de mal dizer*» (pp. 48-72); Louise O. Vasvári, «The Semiotics of Phallic Aggression and Anal Penetration as Male Agonistic Ritual in the *Libro de buen amor*» (pp. 130-156), y por Barbara Weissberger, «¡A tierra, puto!: Alfonso de Palencia's Discourse of Effeminacy» (pp. 291-324).

⁸⁴ Además del trabajo de Daniel Eisenberg citado en la nota anterior, véanse las aportaciones recientes de Norman Roth, «A Note on Research into Jewish Sexuality in the Medieval Period» y «A Research Note on Sexuality and Muslim Civilization», en *Handbook of Medieval Sexuality*, ob. cit., pp. 309-327; Louis Crompton, «Male Love and Islamic Law in Arab Spain», en *Islamic Homosexualities. Culture, History, and Literature*, ed. S. O. Murray y W. Roscoe, New York, University Press, 1997, pp. 142-157, y de James T. Monroe, «The Striptease That Was Blamed on Abu Bakr's Naughty Son: Was Father Being Shamed, or Was the Poet Having Fun? (Ibn Quzman's Zajal No. 133)», en *Homoeroticism in Classical Arabic Literature*, ed. J. W. Wright y E. K. Rowson, New York, Columbia University Press, 1997, pp. 94-139.

Evidentemente, puede afirmarse que la homosexualidad o el homoerotismo ha obtenido una presencia en monografías cuyas pretensiones globalizadoras debían contemplar su significación. Así, como ejemplos enmarcados en el período medieval —ni que hayan empleado perspectivas opuestas—, podrían citarse las monografías de Scholberg y de Madero⁸⁵. Pero el mérito no parece obligatoriamente encomiable, pues ¿cómo iban a descartar este tema unos volúmenes titulados de manera tan significativa? Al citar las aportaciones de estas dos obras tampoco deben negarse los notables esfuerzos que algunos estudiosos han ido desplegando durante los últimos quince años desde aproximaciones que para nada se gestan o beben directamente en las aguas de la crítica gay y lesbiana, en los estudios de género ni, por supuesto, en los «queer studies». Debe recordarse que el nuestro ha sido un tema vetado por el buen gusto y / o por la fe, por la discreción o por su marginalidad impuesta. La verdad es que, en el fondo y en la superficie, estos han sido algunos de los sentimientos que han desdibujado el estudio de cualquier faceta de la sexualidad en las culturas ibéricas cristianas, más allá de «orientaciones», lenguas y cronologías. Por este motivo merece la pena traer aquí las reflexiones de los responsables de una miscelánea de ensayos consagrada a reflejar algunas de las facetas de ese ámbito casi misterioso titulado *Erotismo en las letras hispánicas*. En la introducción al volumen leemos:

«Los editores del presente volumen no se consideran llamados a formular, en este momento, ninguna particular apología por el mismo. Sí, únicamente, a recordar las buenas y no escasas razones que en su día nos persuadieron de su oportunidad. No esperaríamos suscitar controversias si afirmáramos que la provincia general de la sexualidad y el erotismo constituye hasta el presente la gran provincia, si es que no continente, todavía inexplorado de la expresión literaria en lengua española. Sería fácil reunir un amplio elenco de carencias que, iniciado en el terreno de la lexicografía tradicional, se extendiera hasta el de la estilística y el de complejos fenómenos psicolingüísticos de conciencia colectiva»⁸⁶.

⁸⁵ Kenneth R. Scholberg, *Sátira e invectiva en la España medieval*, Madrid, Gredos, 1971, y Marta Madero, *Manos violentas, palabras vedadas. La injuria en Castilla y León (siglos XIII-XV)*, Madrid, Taurus, 1992.

⁸⁶ Luce López-Baralt y Francisco Márquez Villanueva (eds.), *Erotismo en las letras hispánicas. Aspectos, modos y fronteras*, México DF, Colegio de México, 1995, p. 9.

A modo de síntesis provisional, debe subrayarse, en primer lugar, que una parte importante de las contribuciones en torno al homoerotismo del Medioevo cristiano peninsular ha venido concentrándose con mayor ahínco en la interpretación de aquellos testimonios en donde las prácticas homosexuales obtienen una representación explícita que en desarrollar una investigación alternativa. Por supuesto, esta constatación puede sonar perogrullesca, pero conviene señalarla en la medida en que ha sido desde la herencia positivista de los estudios filológicos e históricos desde la que se ha venido trabajando durante una primera fase.

Porque en definitiva—y en segundo lugar— la expresión de un ataque, de una alusión o de una caricatura en contra de unos comportamientos o actitudes ha sido la vía imprescindible para captar los matices de la implantación del discurso hegemónico en todo tipo de textos, ya fueran o no de origen o contenido religioso. Por este motivo se entiende que las cantigas de escarnio y de maldecir gallego—portuguesas hayan sido uno de los géneros literarios que goza de mejores revisiones⁸⁷. Probablemente será un proceso que, sin duda, deberá ampliarse en el futuro, como se deduce también de algunos trabajos consagrados a la poesía castellana cuatrocentista, en no pocas ocasiones vinculada a la representación de las minorías religiosas, como se aprecia ya en tradiciones anteriores⁸⁸. Merece la pena destacar que, a la vista de la orientaciones y pro-

⁸⁷ Véanse, por ejemplo, los trabajos de Berta Martinha C. Pimenta et al., «Dois aspectos da sátira nos cancioneiros galaico-portugueses: *sodomíticos e cornudos*», en *Revista da Faculdade de Letras de Lisboa*, 2 (1978), pp. 113-128; Rafael M. Mérida Jiménez, «*D'ome atal coita nunca viu cristão: Amores nefandos en los trovadores gallego—portugueses*», en *O cantar dos trovadores*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1993, pp. 433-437, y «La representación de la sexualidad femenina en un poema arábigo—andaluz y en cuatro cantigas de escarnio gallego—portuguesas», en *Revista de Poética Medieval*, 1 (1997), pp. 193-204; María Ana Ramos, «La satire dans les *cantigas d'escarnho e de mal dizer*. Les péchés de la langue», en *Atalaya. Revue Française d'Études Médiévales Hispaniques*, 5 (1994), pp. 67-84; Josiah Blackmore, «Locating the Obscene: Approaching a Poetic Canon», en *La Corónica*, 26 (1998), pp. 9-16, o de Denise K. Filios, «Jokes on *Soldadeiras* in the *Cantigas de escarnio e de mal dizer*», en *La Corónica*, 26 (1998), pp. 29-39.

⁸⁸ Cfr. Manuel Ferrer—Chivite, «Las *Coplas del provincial*: sus conversos y algunos que no lo son», en *La Corónica*, 10 (1982), pp. 156-178; Louise Mirrer, «Representing 'Other' Men. Muslims, Jews, and Masculine Ideals in Medieval Castilian Epic and Ballad», en *Medieval Masculinities. Regarding Men in the Middle Ages*, ed. C. A. Lees, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1994, pp. 169-186; Victoriano Roncero López, «Algunos temas de la poesía humorística de Antón de Montoro», en *Nunca fue pena*

puestas, el camino que debe recorrerse apenas se ha iniciado, a pesar de que algunos investigadores hayan dedicado notorios esfuerzos o hayan abierto directa o indirectamente puertas de enorme significación⁸⁹.

El objetivo del presente trabajo ha sido, justamente, ofrecer un esbozo en torno a las dimensiones logradas por la investigación reciente consagrada a analizar las expresiones del homoerotismo en la cultura de la Europa cristiana medieval. El talante descriptivo que se ha pretendido mantener no ha ocultado, sin embargo, una voluntad crítica de sus logros y de sus debilidades: su norte, por consiguiente, no se ha subordinado ni a la glosa exegética ni, mucho menos, a la apología. De hecho, su subtítulo apunta hacia un horizonte tanto de perspectivas como de expectativas que no descarta visiones paralelas, complementarias o suplementarias, sino todo lo contrario: ese deseo constituye, en realidad, su afán primero y último⁹⁰.

mayor. Estudios de literatura española en homenaje a Brian Dutton, ed. A. Menéndez Collera y V. Roncero López, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1996, pp. 567-580, y Roy Rosenstein, «The Voiced and the Voiceless in the *Cancioneros*: the Muslim, the Jew, and the Sexual Heretic as *Exclusus Amator*», en *La Corónica*, 26 (1998), pp. 66-75.

⁸⁹ Véanse, en especial, los trabajos de Daniel Eisenberg, «Enrique IV y Gregorio Marañón», en *Renaissance Quarterly*, 21 (1976), pp. 21-30, y «De Adriano a Lorca: Breve historia de la homosexualidad en lo que hoy llaman España», en *Gay Hotsa*, 43 (1989), pp. 11-14, así como Alan Deyermond, «The Romance *Kharjas* in Hebrew Script: Woman's Song or Man's Text?», en *Circa 1492. Proceedings of the Jerusalem Colloquium. Litterae Judaeorum in Terra Hispanica (1984)*, ed. I. Benabu, Jerusalem, The Hebrew University, 1993, pp. 58-78; Pedro M. Cátedra, «La modificación del discurso religioso con fines de invectiva. El sermón», en *Atalaya. Revue Française d'Études Médiévales Hispaniques*, 5 (1994), pp. 101-121; Curt Wittlin, «Especulacions psicoanalítiques sobre la sexualitat en el *Tirant lo Blanc*» (1986), en *De la traducció literal a la creació literària*, València-Barcelona, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana-Abadia de Montserrat, 1995, pp. 225-243, o M^a Eugenia Lacarra, «Sobre los 'dichos lascivos y rientes' en *Celestina*», en *Nunca fue pena mayor. Estudios de literatura española en homenaje a Brian Dutton*, ob. cit., pp. 419-433.

⁹⁰ Este artículo representa el primer tramo de una investigación en curso sobre las representaciones del homoerotismo medieval en las culturas hispánicas medievales. A lo largo de los años he recibido el estímulo de no pocos colegas, amigos o maestros, quienes han enriquecido mis lecturas y reflexiones: entre ellos debo citar en primer lugar a Francisco Fernández Buey, Victor Millet y David Nirenberg, así como a Josiah Blackmore, Judith C. Brown, William Burgwinkle, Armand de Fluvià, Dolores Warwick Frese, Kari Ellen Gade, Michael Gerli, Reginald Hyatte, Carlos Jerez, José Manuel Lucía Megías, Antoni Marí y Marta Segarra.